

Movimiento obrero y movilización ciudadana en la Pamplona del tardofranquismo y la transición ¿un inesperado despertar?¹



NEREA PÉREZ IBARROLA

(Universidad Pública de Navarra-Nafarroako Unibertsitate Publikoa.
Insituto Gerónimo de Uztariz-Geronimo de Uztariz Institutua)

Introducción

¿La efervescencia social y popular que vivió Pamplona en los últimos años de la dictadura franquista y en la transición fue realmente inesperada? No es fácil responder a esta pregunta. A simple vista, siendo Navarra una provincia de tradición conservadora y con escasa conciencia de un pasado conflictivo, que había contribuido de una manera importante al ejército de Franco con la movilización del voluntariado carlista y que, por tanto, había entrado en el franquismo formando parte del bando ganador, no podía dejar de causar sorpresa el grado de movilización y conflictividad que alcanzó, si bien toda la provincia en general, Pamplona en particular, al finalizar la dictadura.

La respuesta a esta pregunta resulta, no obstante, bastante más compleja. La «explosión» de la movilización ciudadana al terminar la dictadura y al iniciarse el proceso de transición a la democracia no fue tan repentina. Tampoco fue casual o meramente coyuntural. La verdad es que la oposición antifranquista en Pamplona llevaba años articulándose, desarrollándose en sus propios espacios, creando redes y plataformas desde las que actuar, y activando a los sectores ciudadanos y populares de la ciudad. Es decir, aquella efervescencia social y popular significó la culminación de un proceso que había comenzado a gestarse tiempo atrás y que llegaba a su madurez justo entonces.

El objetivo del presente artículo es tratar de arrojar un poco de luz a ese proceso de gestación y estructuración de la oposición en Pamplona a través de uno de sus protagonistas, el movimiento obrero, dilucidando el papel que desempeñó en la vertebración de la protesta social y en la deslegitimación del régimen sobre las que iba a cimentarse la movilización ciudadana y popular al final del franquismo.

En este sentido, el papel de aquel movimiento obrero como sujeto histórico va más allá de que este desempeñara una labor crucial a la vanguardia de la oposición antifranquista en el final de la dictadura, y adquiere una nueva dimensión al reclamar, a través de la movilización social, participar activamente en el proceso de transición

que estaba a punto de acometerse: si bajo la dictadura se había organizado para mejorar las condiciones laborales y de vida de los trabajadores, y para luchar contra el franquismo, por sus derechos y por sus libertades; en el momento en que comenzó la transición, cuando todavía todo era posible, dio un paso más y lo hizo para transformar la sociedad en base al sustrato de ideas y valores, genérico y compartido, que había sostenido su lucha hasta entonces.

El movimiento obrero pamplonés destacó por una sorprendente e intensa radicalidad. Protagonista de numerosos conflictos sociolaborales, una de sus principales características fue un modelo de organización estructurado en pequeños núcleos clandestinos pero liderado por unas vanguardias muy activas y capacitadas. Esto hizo que cuantitativamente el número de militantes activos organizados en las fábricas y en las diversas organizaciones del movimiento obrero nunca fuera espectacular, lo que exigió a estos militantes capacitarse para construir plataformas y espacios en los que aunar la solidaridad y las aspiraciones, sentimientos y sueños de buena parte de los trabajadores no organizados y de la mayoría de los sectores populares de la ciudad, logrando que se sumaran a sus reivindicaciones los barrios, las Asociaciones de Vecinos, las parroquias o los colectivos de jóvenes y estudiantes.² Esta fue la mayor aportación que el movimiento obrero hizo a la oposición antifranquista en Pamplona, la de crear y abrir unos espacios propios y en los que articular una identidad colectiva: una identidad de clase y antifranquista, una identidad de la que se formaba parte participando en las movilizaciones colectivas que la manifestaban y reafirmaban.

Estamos pues ante un proceso más global y más complejo del que la organización del movimiento obrero en Pamplona y la conformación de las diversas organizaciones que actúan en su seno forman parte: el proceso de formación de la propia clase obrera pamplonesa, una clase obrera urbana e industrial, cuya conciencia se va a forjar en las experiencias vividas durante los años de las transformaciones socioeconómicas, tensiones y conflictos sociolaborales que acompañaron al franquismo, y que se va a expresar un movimiento obrero nuevo, joven y bastante particular.

Por lo tanto, nuestro marco para situar la gestación y articulación del movimiento obrero pamplonés va a ser la relación de experiencias comunes que se comparten y transmiten a través de espacios, instituciones y organizaciones obreras, y a través de luchas y conflictos. En el caso de Pamplona encontraremos la presencia de experiencias y espacios de clase ya mediados de la década de los cincuenta pero, sobre todo, durante toda la década de los sesenta.

El proceso: la formación de la clase obrera pamplonesa

El movimiento obrero pamplonés anterior a los grandes conflictos de los años setenta sigue siendo hoy, en parte, desconocido. Sin apenas arraigo y presencia de las organizaciones obreras republicanas y con una constitución tardía de las Comisiones Obreras de Navarra, no parece existir un movimiento obrero en Pamplona hasta finales de la década de los sesenta y principios de la de los setenta, cuando tras

aparecer oficialmente las Comisiones Obreras (CCOO) eclosiona una conflictividad social generalizada y el movimiento obrero logra cierta presencia como movimiento colectivo. Puede ser que por ello pocas veces se haya incidido en las experiencias vividas por la clase obrera pamplonesa durante los años anteriores, y que por lo tanto, pocas veces se haya considerado el circuito de espacios e instituciones, códigos culturales y luchas o conflictos desplegado durante los mismos como la base para la articulación de un movimiento obrero dinámico y organizado.

Estudiar este circuito, sin embargo, puede resultar muy interesante no solo porque es la base desde la que se va a organizar el futuro movimiento obrero en Pamplona, sino también porque si es así, es precisamente porque es en él donde se va formar la clase obrera, a través de las experiencias, espacios y redes que circulan por él mismo. Por eso, aproximarnos a este circuito va a ser nuestro punto de partida.

Thompson decía que la formación de la clase obrera es «un proceso activo que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación».³ Si concebimos de este modo el proceso de formación de la clase obrera en Pamplona, debemos comenzar refiriéndonos a aquellas circunstancias concretas que modelaron ese proceso (los condicionantes) y a los agentes con capacidad de acción en el mismo (los trabajadores).

Los condicionantes: industrialización y dictadura

Las circunstancias materiales en la que se formó la clase obrera estuvieron, también en Pamplona, determinadas por los fenómenos que desencadena todo proceso de desarrollo industrial y capitalista: establecimiento de fábricas y empresas en la *gran* ciudad, transformación del mercado laboral, aumento de la población activa dedicada al sector industrial y pérdida de activos en la agricultura, aumento de la productividad y organización científica del trabajo, emigración campo-ciudad y éxodo rural, rápido e incontrolado crecimiento demográfico en las ciudades, concentración urbana y conformación de barrios obreros en la periferia y el extrarradio... en fin, las circunstancias y los fenómenos que propician una profunda transformación de las sociedades. Debemos tener en cuenta que Navarra había sido durante casi toda la primera mitad del siglo pasado una sociedad eminentemente rural, en la que predominaban aún estructuras propias de una economía agraria y modos de vida todavía muy vinculados al agro; por lo que no podemos hablar de una Navarra industrial y urbana en sus estructuras económicas, en su composición social y en sus costumbres y formas de vida hasta, prácticamente, la segunda mitad del siglo XX, cuando se pone en marcha el llamado «desarrollismo» franquista.

En este sentido podría decirse que la pamplonesa era una clase obrera joven, fruto de una industrialización tardía y muy acelerada. Se formó, principalmente, en las fábricas de los sectores de la industria tradicional: el metal y la minería, las que más mano de obra empleaban y las que más peso tenían en el grueso de la actividad

económica de la ciudad;⁴ eran fábricas en las que los trabajadores vivían un rápido e intenso proceso de asalarización y descualificación del empleo y sobre todo, eran fábricas en las que se concentraba a gran cantidad de obreros bajo unas condiciones laborales que planteaban problemáticas nuevas —como la de los salarios o la imposición de ritmos de trabajo— que habían de gestionarse en un marco de relaciones sociales y laborales que, prácticamente, era desconocido y ajeno para muchos de ellos.

Aquella mano de obra empleada en las nuevas fábricas que se instalaban en Pamplona al ritmo en que avanzaba la industrialización provenía, en gran medida, del campo navarro. El crecimiento demográfico derivado de estos movimientos de emigración campo-ciudad iban a alterar profundamente la fisonomía y la sociología de la propia ciudad: es entonces cuando Pamplona se convierte en una ciudad urbana e industrial, tanto en su estructura económica y social como en la mentalidad de sus habitantes.

Uno de los reflejos más evidentes de todos estos cambios que se estaban produciendo fue el ensanchamiento de la ciudad, acompañado del desarrollo urbanístico que se impulsó aquellos años para tratar de ordenarlo. El problema de vivienda derivado de un incremento de población rápido e incontrolado propició la creación de nuevos espacios urbanos, barrios y municipios de la periferia (Txantrea, Rochapea, El Mochuelo-Milagrosa, Burlada y Villaba...) en los que, a través de la promoción de vivienda barata, comenzaron a establecerse concentraciones de población obrera.⁵ Con el tiempo, estos barrios se fueron configurando como lugares propios para la clase trabajadora, en los que se reconocía una condición social homogénea entre los vecinos, en los que se experimentaban las mismas problemáticas, pero sobre todo, en los que se creaban espacios de vida y sociabilidad obrera. Por eso, cuando la realidad de los barrios obreros sea experimentada como una consecuencia directa del proceso de explotación capitalista,⁶ comenzarán a constituirse en ellos movimientos de protesta y denuncia y formas e iniciativas de lucha para mejorar colectivamente las condiciones de vida en todos estos barrios. El germen de las futuras Asociaciones de Vecinos nace así, también, como un espacio de socialización muy vinculado a la realidad obrera.

Las contradicciones, conflictos y resistencias que acompañaron a los procesos de transformación se vivieron en el contexto concreto de la dictadura franquista, lo que iba a determinar, en gran medida, las oportunidades y formas en las que estas tensiones iban a aflorar: la memoria de la guerra civil, la desaparición física de las organizaciones obreras y políticas de clase, el control ejercido sobre los trabajadores a través su encuadramiento forzoso en el Sindicato Vertical, la tipificación de la huelga como delito de sedición y la durísima represión practicada por el aparato del estado contra toda disidencia, movimiento de protesta o lucha que emergiera, dejó a los trabajadores sin cauces para manifestar su descontento. Esto resulta determinante para comprender la manera en la que una conflictividad social latente que ya no podía manifestarse en los parámetros en los que lo había hecho durante la república, se transmutó para encontrar nuevas formas o moldes a través de los cuales revelarse.

Que esta conflictividad latente existía y amenazaba con asomar lo evidenciaron las dos huelgas generales vividas en Pamplona durante la década de los cincuenta, conflictos ambos que formaron parte de las oleadas huelguísticas generalizadas que se vivieron en distintos puntos del estado durante aquellos años. La primera, en 1951, se asemejó más a las formas de protesta espontáneas características de los motines de subsistencia; la segunda, en 1956 y especialmente significativa porque el movimiento de protesta se inició en Pamplona, tuvo más que ver con reivindicaciones generalizadas de mejoras salariales, hecho que venía a anunciar la naturaleza socio-laboral que la conflictividad iba a adquirir durante la década de los sesenta.⁷ Tras la experiencia conflictiva vivida en estas dos huelgas, comenzarán a abrirse nuevos frentes de lucha en los que los movimientos pasarán a desarrollarse en el ámbito de lo cotidiano y en el ámbito de la propia fábrica. Ello va a exigir nuevas bases sobre las que activar y canalizar la protesta social, lo que se hará poniendo en marcha un proceso de adaptación a esta nueva situación que pasará por renovar los moldes organizativos. La creación de comisiones de fábrica, la principal forma de organización del movimiento obrero durante el franquismo, responde a esta necesidad.

Los agentes: los trabajadores

¿Quiénes participaron en la autoformación de la clase obrera pamplonesa? Podríamos hablar de varios perfiles entre los trabajadores que formaron parte de ese proceso. El primer rasgo a destacar es que era una clase obrera eminentemente navarra, compuesta por emigrantes venidos de los distintos pueblos del campo navarro o por trabajadores originarios de la propia Pamplona. Esta procedencia navarra de la mayoría de ellos resultará, en mi opinión, decisiva en el establecimiento de determinados espacios, redes y referentes culturales sobre los que se va a gestar el movimiento obrero pamplonés.

El perfil del emigrante proveniente del agro navarro no es nuevo en la composición poblacional de la ciudad. La aportación de los inmigrantes navarros ha sido una constante en la evolución demográfica de Pamplona, por lo que no es un fenómeno nuevo el que gentes venidas del campo a la ciudad formen parte de los sectores humildes, populares y obreros de la capital.⁸ Estos movimientos migratorios se aceleraron e intensificaron durante el franquismo, especialmente, durante la década de los sesenta y trabajadores provenientes del entorno rural navarro y pertenecientes a diferentes sectores campesinos –jornaleros, arrendatarios e incluso pequeños propietarios– llegaron a la ciudad y a las fábricas para convertirse en simple mano de obra asalariada y no cualificada, siendo dislocadas sus costumbres y modos de vida y debiendo adaptarse a una realidad totalmente nueva.⁹ Para describirla, podíamos decir que aquella era una gente:

«orgullosa [...] tiesa, que habían venido del pueblo despachados por la pobreza [...] pero con una dignidad y con una forma de funcionar en el pueblo muy peculiar; había quien se paraba en el *ángelus* a rezar [...] y que sí tenía la vaca enferma o el caballo, pues lo cuidaba y tal [...]

entonces, aunque trabajaban para un patrón y trabajaban eventualmente, tenían un orgullo de pertenencia a su pueblo [...] que cuando llegan aquí, en una fábrica donde había 1.000 personas, eran un número, no eran nadie [...] y lo que primero regalaba la empresa era un reloj, para saber que tenías que venir a esta hora, que a la hora del *angelus* no se paraba y tal. Entonces aquella gente está tan sometida, añora su pueblo [...] Esa gente que en su pueblo era alguien, aunque muy pobres eran alguien, luego vienen aquí y no son nadie.¹⁰

Otra de las características de aquella clase obrera es su procedencia no ya navarra, sino, más concretamente, pamplonesa. Este perfil lo forma una generación nueva, nacida en Pamplona –hijos de pamploneses de toda la vida o de emigrantes venidos del campo– y que tiene cierta formación tras haber pasado por las escuelas de Formación Profesional para acceder al mercado laboral entrando directamente, a finales de los años sesenta y a principios de los setenta, a las grandes fábricas puntales de la industrialización navarra con una oficialía bajo el brazo. Tanto es así que a través de diversos testimonios podemos observar que las escuelas profesionales fueron un espacio y una experiencia compartida por muchos de los trabajadores de aquella generación:

«Muchas de las gentes de Formación Profesional, de las primeras promociones de esas escuelas de Formación Profesional, actuamos y nos incorporamos al movimiento obrero en la misma época y es toda una misma generación de gente».¹¹

Aquellos jóvenes formaron el grueso de la vanguardia del movimiento obrero pamplonés, fueron los líderes de CCOO y de las luchas, conflictos y grandes huelgas de los años setenta. La suya era la generación de jóvenes que habiendo crecido bajo el franquismo, comenzaba ahora luchar contra él bajo nuevas formas que se alejaban de los moldes heredados,¹² la generación que no solo no se identificaba con aquellos moldes, sino que en muchos casos rompía o *transformaba* la herencia y experiencia recibida de su familia. En este caso, como hablamos de una generación de jóvenes pamploneses y de procedencia navarra, esta herencia familiar aparece, en multitud de ocasiones, vinculada al carlismo de base: o bien provenían de familias con una larga tradición carlista, o bien sus padres habían participado, de un modo u otro, en el bando nacional durante la guerra civil. Lo que ocurrió fue que los hijos de muchos carlistas *de base* se encontraron en la ciudad, en los barrios y en las fábricas, y fueron adaptándose a los nuevos marcos sociales, económicos y culturales participando de nuevas identidades que daban la respuesta que el carlismo no daba, en aquel momento, a una realidad de lucha de clases.¹³

Indudablemente hubo un tercer perfil que incluía a los emigrantes venidos de otras provincias del Estado como Andalucía, Extremadura o Asturias. Ellos también se emplearon en las fábricas más importantes y grandes de Pamplona –como es el caso, por ejemplo, de muchos mineros asturianos que se emplearon en Potasas–, también se asentaron en los nuevos barrios extramurales de la ciudad, y qué duda cabe de que también hicieron una considerable aportación a la articulación y organización del movimiento obrero pamplonés, sobre todo aquellos antiguos militantes que ya

traían cierto bagaje de experiencias de militancia socio-política y represión del periodo republicano y la guerra civil. En cualquier caso, creo que en el momento inicial de abrir y desarrollar los primeros espacios desde los que se iba a articular el futuro movimiento obrero, la iniciativa partió, mayormente, de trabajadores originarios de la provincia, por lo que aquellos trabajadores, emigrantes venidos de otras provincias con o sin experiencia militante y conciencia obrera, accedieron, participaron e influyeron en un circuito que **ya** había comenzado a gestarse sobre unas bases, dinámicas y referencias determinadas.

Fue así, principalmente, porque el peso de los trabajadores navarros en la naciente clase obrera pamplonesa iba a significar que los espacios sociopolíticos con los que el movimiento obrero iba a contar en sus inicios, estuvieran delimitados por las referencias sociales y culturales que habían imperado en la sociedad navarra hasta entonces: la influencia socio-política del carlismo, la importancia de la religión como referente cultural e identitario y la lenta y débil implantación de las ideologías de clase tradicionales.

Por una parte, podríamos decir que las referencias sociales y culturales de muchos de los futuros trabajadores pamploneses provenían de un entorno rural en el que el carlismo era el elemento que vertebraba las relaciones sociales y era la principal referencia política¹⁴ y en el que la religiosidad popular y la influencia social de la iglesia habían convertido al catolicismo en un importante elemento que articulaba la vida social y la propia identidad en muchos pueblos de Navarra.¹⁵ En este sentido, la iglesia contaba con importantes y numerosos espacios de sociabilidad, entre los que cabe destacar al movimiento social católico, que había arraigado, sobre todo, en zonas donde predominaba la pequeña propiedad, y que había puesto en marcha diversas actividades socioeconómicas en el ámbito local, como por ejemplo, un cooperativismo agrario que promovía la compra común de semillas, fertilizantes y maquinaria, e impulsaba cajas de ahorros para favorecer la financiación a pequeños propietarios. Todo ello iba a facilitar la penetración y asimilación de ideas y conceptos como la llamada *cuestión social* y el humanismo cristiano al tiempo que aportaba ciertas experiencias de asociación a muchos trabajadores del campo.¹⁶

La otra cara de la moneda era que las ideologías tradicionales de clase apenas habían conseguido una presencia organizativa fuerte, por lo que no terminaban de asentarse en suelo navarro. La actuación de organizaciones obreras, especialmente de la UGT, se circunscribía a pequeños núcleos, a ambientes donde la industria tenía cierta presencia y, sobre todo, a determinadas zonas del campo de la Zona Media y la Ribera de Navarra, donde parte del movimiento comunero había depositado su confianza en el programa social de esa incipiente UGT logrando establecer un hilo de continuidad con la que tradicionalmente había sido su máxima reivindicación, el uso de las tierras comunales.

En el caso de Pamplona, el socialismo y las sociedades de resistencia alcanzaron cierta notoriedad, lo que ayudó a impulsar la organización y movilización de los

trabajadores: la extensión de la propaganda societaria, la celebración del 1º de mayo o la promoción de huelgas y momentos puntuales de conflictividad evidenciaron que si bien no con la virulencia de otros lugares, en Navarra también se vivían las tensiones propias de la lucha de clases a finales del siglo XIX y primeros del XX. En cualquier caso, y pese a que junto al socialismo también fueron estableciéndose lentamente y débilmente núcleos anarquistas,¹⁷ en ningún modo constituyeron organizaciones o ideologías que arraigaran tan fuertemente como para dejar, tras la durísima represión emprendida durante la guerra civil en Navarra, un sustrato cultural continuado de las mismas. Lo que ocurre en Navarra es, como dice Emilio Majuelo, que:

«Desde la finalización de la guerra civil solo en pureza puede hablarse de la permanencia de uno de los movimientos sociales clásicos [...], el de los social católico agrarios. El resto fue hecho desaparecer abruptamente por la represión franquista, hecho que corrobora de manera elocuente el insuperable grado de ruptura que se produjo en 1936 respecto a las culturas políticas liberal republicana y obrerista que se habían desarrollado durante el primer tercio del siglo veinte».¹⁸

Partiendo de esta base, no resultaría del todo desatinado decir que el movimiento obrero pamplonés que comenzaría a gestarse a partir de la segunda mitad de la de la década de los cincuenta era, en gran medida, «ideológicamente virgen»,¹⁹ por lo menos en lo que a ideologías de clase y culturas políticas obreras se refiere. Pocos trabajadores tenían experiencia sindical previa y no se contaba con referencias de militancias sindicales y políticas anteriores que establecieran unas bases sobre las que partir. Este «vacío» hizo que, a falta de referentes culturales, ideológicos y organizativos vinculados a aquellas militancias, la clase obrera pamplonesa viviera un proceso de formación en el que prácticamente todo estaba por construir, los espacios, las culturas obreras, las bases ideológicas, los modelos de organización, los partidos políticos... aun si pervivieron elementos de las organizaciones y culturas políticas obreras republicanas que tuvieron cierta presencia en Navarra (a través del recuerdo y la transmisión de generaciones anteriores navarras y a través de emigrantes venidos de otras provincias) estos no llegaron a constituirse en los principales referentes de la clase para comenzar a construir el movimiento obrero en Pamplona.

Buena parte de la historiografía sobre el movimiento obrero de la etapa del franquismo parece coincidir en que dos fueron las culturas políticas que predominaron en las nuevas generaciones de la militancia antifranquista: la cultura comunista y la cultura obrera cristiana, de lo que fue reflejo el hecho de que elementos comunistas y cristianos participaran, codo con codo, en la creación de las nuevas formas organizativas del movimiento obrero bajo la dictadura, Comisiones Obreras.²⁰ La primera de ellas, la cultura comunista, se presentaba como una cultura bien definida, de la que se sabía de antemano cuales eran sus referentes ideológicos e históricos y de la que se participaba, por lo tanto, conociendo y compartiendo lo que estos significaban. Esto resultará, a mi juicio, trascendental para el caso de Navarra y Pamplona, ya que el hecho de que la cultura comunista estuviera histórica e ideológicamente tan

delimitada, de que sus referentes fueran tan «reconocibles»,²¹ pudo dificultar, en un primer momento, el desarrollo del Partido Comunista en Navarra, sobre todo a la hora de configurarlo como un espacio sociopolítico realmente de referencia para la oposición antifranquista en Pamplona.

Fue la falta de vinculación de aquella clase obrera pamplonesa en formación con las ideologías y culturas de clase tradicionales, lo que hizo que en Pamplona el PCE no se convirtiera en el espacio preferente para la socialización política de la oposición antifranquista, hecho que sí ocurrió en gran parte del resto del estado. En Pamplona, este espacio se iba a abrir a partir de la otra de las dos culturas políticas que hemos mencionado, la cultura obrera cristiana. Aquella era una cultura prácticamente por construir, lo que la hacía más flexible, abierta y, sobre todo, más permeable a la influencia de diferentes ideas. El hecho de que la propia clase obrera pamplonesa estuviera, al igual que la propia cultura obrera cristiana, en construcción y no tuviera referentes ideológicos, militantes y organizativos anteriores, iba a resultar decisivo para que los trabajadores pamploneses, a la hora de buscar referencias para socializarse políticamente, para moverse y dar salida a sus inquietudes, se acercaran más a una cultura en construcción que a otra que se movía en parámetros muy definidos.²² Tal y como nos muestran los siguientes testimonios, los inicios en la militancia de muchos líderes obreros estuvieron marcados por su participación en entidades e iniciativas muy vinculadas a esta nueva cultura, principalmente, dada la referencialidad que estos espacios tenían en la vida y el entorno de muchos jóvenes pamploneses:

«Nosotros éramos unos críos y entramos a Potasas en la escuela de aprendices; entonces, con los contactos de un cura jesuita que ahí había, el famoso cura Adolfo Goñi Ayestarán, este nos planteó [o] vimos, algunos de los que, podríamos decir, que ya veía él o que nosotros mismos teníamos unas ciertas inquietudes sociales [...] Entonces esto nos hizo el hacer grupos de trabajo que empezábamos a estudiar pues... con cuestiones relacionadas con la iglesia, sobre la doctrina social de la iglesia, los que teníamos unas ciertas inquietudes».

«Yo tardé bastante, prácticamente hasta los 16-17 años no encuentro claves sociales ¿no? No me encuentro con que haya algo que hacer por el tema social ¿no? Y luego sí. Ya con 18 años, ya empezamos a montar, algunos otros y yo, empezamos a trabajar y a montar un club juvenil, empezamos a montar una... una escuela de alfabetización de adultos en el chabolismo que había en Barañain [...] Ya adquiero, eh, conciencia social, participo en principio en comunidades cristianas, en alguna... comunidades cristinas de esas de base, que estaban alejadas de las instituciones eclesíásticas... De hecho, al poco tiempo casi todos... bueno, todos, prácticamente todos menos uno de los que formábamos la comunidad de base nos metimos en el Movimiento Comunista.»

«[...] estuve un tiempo, pequeño, pero en una asociación juvenil de la iglesia, la Vanguardia Obrera Juvenil [...] A nosotros nos llevó de la escuela [profesional de Potasas] un cura, que era un hombre extraordinario, un jesuita progresista, que nos hizo comunistas a todos. Este hombre nos llevó a [un] cursillo de cristiandad en Tudela. Y nos llevó un día, a darnos una charla, a un cura obrero despedido de Bandas de Bilbao, que luego se hizo famoso porque era, fue dirigente de CCOO en Madrid. Oye, y nos llevó a un tío ¡a un comunista de Madrid! un obrero de la construcción de Madrid, que nos soltó un mitin allí... sobrecogía; fíjate, a unos chavales jóvenes, que siempre tienes el idealismo muy a

flor de piel y tal... y ver a aquellas personas, que te hablaban con aquella fuerza... venir a Pamplona y *Oye, hay que comprometerse porque... hay que cambiar, esto no puede ser*. Yo de ahí decidí [dar] un poco el paso y empecé a ir a la calle Mayor [al centro mariano], y ahí hacíamos reuniones y ahí discutíamos sobre marxismo». ²³

A partir de este primer momento de *toma de contacto*, el movimiento obrero pamplonés va a comenzar a desarrollarse al ritmo en el que la cultura obrera cristiana evoluciona. Si tenemos en cuenta que la mayoría de los fenómenos políticos de la nueva izquierda van a tener mucho que ver con esta evolución, ²⁴ no resultará del todo extraño que sean, precisamente, estos fenómenos (sus culturas políticas y sus organizaciones) los que vayan a predominar dentro del movimiento obrero pamplonés. Volveremos a ello más adelante.

Los espacios con los que contó la cultura obrera cristiana para constituirse en referente de la oposición en Pamplona servirán, a su vez, para establecer las bases sobre la que articular el futuro movimiento obrero. El éxito de esta nueva cultura obrera y la referencialidad alcanzada por los espacios en los que esta se propagaba y desarrollaba se explicaría, en parte, por el hecho de que la doctrina social de la iglesia y las organizaciones obreras cristianas –los movimientos apostólicos seculares– no solo ofrecían a los trabajadores, como hemos dicho, una nueva cultura en construcción de la cual podían participar, sino que también eran, para muchos, la referencia más próximas a sus precedentes sociales y culturales, como lo eran la religiosidad popular, la socialización en espacios propios de la Iglesia, la pertenencia a asociaciones del movimiento social católico como la Acción Católica o principios como el humanismo cristiano y la llamada *cuestión social*. Es decir, la nueva cultura obrera cristiana era de un modo u otro *cercana* para muchos trabajadores pamploneses y en ningún caso era algo que resultase del todo extraño a su propia tradición. Pero no solo eso, además, la nueva cultura obrera cristiana iba a saber evolucionar adaptándose a una nueva realidad social, a la de la fábrica, la ciudad y la lucha de clases, ofreciendo a los trabajadores ideas y espacios para actuar en dicha realidad:

«Yo entré en la HOAC, y nada más entrar en la HOAC pues descubrí que aquello no se parecía a las juventudes de Acción católica en nada. Porque la Acción católica [...] yo entré en la HOAC y era todo lo contrario, ya desde el primer día en que entré en la HOAC, además, a mi me encantó lo que era aquello... y aquello era como si coges un calcetín y le das la vuelta pues yo tenía que hacer vaciarme de todo lo que era de 30 años, todo lo que había vivido en 30 años, vaciarme totalmente y quedarme como, como vacío del todo y empezar otra vez de nuevo a ser otra cosa. Y claro, todo el cristianismo que yo vivía, no me servía para nada, aquello no era más que fe, porque te han dicho que tienes que creer y creías, pero no eras capaz de reflexionar tú, no podías poner en duda... La HOAC era la formación totalmente distinta. Allá yo era un enamorado del Cristo de la eucaristía y el de la HOAC era un Cristo roto, despedazado, que era lo que representaba la clase trabajadora, el que no tiene nada, el pobre, el miserable». ²⁵

O dicho de otro modo, el éxito de la nueva cultura obrera cristiana en Pamplona iba a radicar en que, como dice el historiador Xavier Domènech:

«Durante el franquismo, cuando las militancias se desarrollan básicamente en un marco de referencias local, las opciones políticas mayoritarias se encaminan hacia aquellas que se adaptan mejor a su propia realidad en cada momento a partir de su utilidad como espacio de metabolización».²⁶

Los espacios de metabolización, en este caso, van a ser las organizaciones obreras cristianas HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), JOC (Juventud Obrera Cristiana) y VOJ (Vanguardia Obrera Juvenil), que se van a convertir, a mediados de los años cincuenta y durante buena parte de la década de los sesenta, en los principales espacios y referentes desde los cuales empezar a construir el circuito de militantes y núcleos organizativos del movimiento obrero pamplonés. Los movimientos apostólicos seculares ofrecían entonces, prácticamente, los únicos espacios para la formación y socialización de la clase, espacios en los que conocerse, relacionarse y formarse, espacios en los que tejer redes de confianza y, sobre todo, espacios en los que asimilar determinadas ideas, conceptos y valores. Es de destacar, que en Pamplona, estas organizaciones contaron, para contribuir en su éxito como espacios de metabolización, con la «ventaja» de tener la capacidad de influir en las Escuelas profesionales y en el ocio (a través de proyecciones de cine y grupos de montaña) y de constituir el único asociacionismo *permitido*, lo que les daba la oportunidad para crear grupos de estudio, debate y reflexión política y social.

Durante la década de los cincuenta fueron estableciéndose en Pamplona centros y grupos de las diversas organizaciones. La HOAC se fundó en 1946 a partir de una cooperativa de consumo, la JOC durante el curso 1958-59 al constituirse un grupo en la escuela de aprendices de Imenasa y VOJ había nacido en 1958 a partir del Centro Mariano de los Jesuitas de Pamplona.²⁷ A principios de los sesenta, tanto HOAC como JOC y VOJ realizaban ya una actividad continuada en distintos espacios y a través de diversas actividades.

Su mayor aportación a la articulación del movimiento pamplonés fue:

- Ofrecer espacios de relación e intercambio de ideas y experiencias: reuniones de centro, celebración de retiros espirituales, cursillos de formación, celebración de los días de la Acción Católica Obrera y San José Obrero (importante antecedente para la recuperación del 1º de mayo) en el caso de la HOAC y la JOC, y clases nocturnas gratuitas, clubes y actividades deportivas como el fútbol, la pelota y la montaña en caso de VOJ. Todos estos espacios sirvieron, como hemos dicho, como puntos de encuentro en los que conocerse, establecer redes de relación y confianza e iniciar foros de debate y reflexión.

- Realizar un potente trabajo formativo. Estas organizaciones fueron verdaderas escuelas de militantes y líderes sindicales que destacaron en sus fábricas, en las organizaciones clandestinas de los años setenta (Unión Sindical Obrera –USO– y Acción Sindical de Trabajadores –AST– primero, y CCOO, Organización Revolucionaria de Trabajadores –ORT– o Movimiento Comunista de España –MCE– después), en el Sindicato Vertical y en el Consejo General de Trabajadores, y en el ayuntamiento; ya que los movimientos apostólicos seculares significaron, para muchos de ellos, una plataforma desde la que conocer la realidad (a través del método del *Ver, Juzgar y Actuar*²⁸) y adquirir un compromiso (el *compromiso temporal*) para con su transformación. Rastreando las trayectorias militan-

tes de muchos líderes de aquellos años, encontramos que los inicios en la militancia, el despertar de la conciencia y la adquisición de un fuerte compromiso de la gran mayoría de ellos se dio tanto en grupos de la VOJ, la JOC o la HOAC, como en comunidades de base cristiana o grupos creados en las escuelas de Formación Profesional dirigidos por miembros de estas organizaciones.²⁹

- Contribuir a la construcción de una cultura obrera que se sustentaba en el humanismo cristiano y en *lo social* y que comenzaba por hacer una lectura en clave social del evangelio. En los distintos cursillos de formación y GOES (Grupos Obreros de Estudios Sociales), los militantes de estas organizaciones asimilaban conceptos básicos como la dignidad obrera, la promoción y elevación cultural colectiva de la clase o la solidaridad; conocieron el marxismo y el socialismo y debatieron sobre sindicalismo; pero, sobre todo, desarrollaron un espíritu crítico (crítico con la realidad socioeconómica, crítico con el capitalismo, crítico con el régimen) y de compromiso con la transformación de la sociedad.

Por lo tanto, podríamos decir que estas organizaciones van a ser determinantes desde mediados de los años cincuenta y durante toda la década de los sesenta para establecer un circuito y crear unos canales a través de los que acceder al movimiento obrero organizado, en gran parte porque serán los militantes formados en estas organizaciones los primeros en colocarse en los centros nodales de las redes que articularán el movimiento obrero en Pamplona, estableciendo los núcleos, en las fábricas y en los barrios, desde los que este partirá.

Gestación y articulación del movimiento obrero pamplonés: espacios del y para el movimiento obrero

La promulgación de la Ley de Convenios Colectivos y el nuevo marco de relaciones laborales que permitía la negociación, siempre dentro del Sindicato Vertical, de las condiciones de trabajo y los salarios entre trabajadores y patronos, permitió a minorías organizadas en las fábricas -militantes de las organizaciones obreras cristianas, obreros independientes no vinculados a ninguna plataforma e incluso algún militante comunista-, articular un modelo o una dinámica de protesta más elaborado contra la situación socio-laboral.³⁰

En esta génesis de la protesta y de la organización obrera, el lugar de trabajo va a jugar un papel central. La fábrica había pasado a ocupar gran parte del tiempo en la vida de los trabajadores y, por ello, ya comenzaba a constituirse en uno de los principales espacios en los que experimentar, convivir y compartir. Por lo tanto, va a ser en las fábricas donde la clase obrera pamplonesa se va a *encontrar* y reconocer y desde aquí, va a comenzar a establecer unas redes de relación y confianza en las que gestar y articular el futuro movimiento obrero.

Los primeros actos de resistencia y rebeldía que encontramos en fábricas pamplonesas, si bien son acciones muy primarias, denotan que de las experiencias vividas en la fábrica nacía un ambiente si no de respuesta, sí de predisposición a cambiar ciertas cosas dentro de la misma. De determinadas actitudes, acciones e iniciativas de trabajadores, en estos momentos iniciales, asoman pequeños movimientos de

protesta y lucha en los que puede establecerse un interesante punto de partida hacia unos moldes de protesta más organizados, a pesar de que las motivaciones de estas protestas no «aparecen a primera vista con un revestimiento expresamente político». ³¹ Testimonios como los siguientes dejan entrever que tras situaciones aparentemente cotidianas, existían pequeños movimientos de protesta realizados con sentido y determinación:

«el día 6 de julio se hacía una comida que pagaba la empresa; entonces a mi aquello ya no me gustó nada porque, fui el primer año, yo tenía 17 años [y] nos pagaron una comida. Nuestro director, era un tal Etxebeste, y yo me acuerdo que había compañeros [que] se le colgaban del brazo y gritaban ¡Viva el señor Etxebeste! y a mí aquello me pareció tan feo, tan, tan mal, o sea porque, ¿Por que ¡Viva el señor Etxebeste! si nos está jibando todo el año? Yo, a aquellas comidas ya no fui más, y además una de las primeras tareas que hicimos cuando empezamos a coger conciencia de que los jefes no eran lo mismo que nosotros, fue cargarnos esas comidas, poner unas... unos letreros en el tablón de anuncios y decir: *no vamos a ir porque no queremos migajas, queremos justicia*».

«[...] había un encargado que silbaba, siempre silbaba, para llamar a alguien silbaba, como un pastor. Hasta que al final le dijimos: *somos personas, no nos vas a silbar más*. Y cuando silbaba, era una... como una consigna, no mirábamos, no le hacíamos caso, hasta que al final venía y te llamaba. [...] Ese tipo de cosas, que ahora parecen muy sutiles y muy pequeñas, entonces eran importantes. O sea, que un encargado te silbara y tú le dijeras: *No voy a acudir si me silbas* y además que fuera un consigna de todos, pues fue empezar a no tener esa sensación de rebaño, de borrego, de que el que está un poco por encima tuya hace lo que le da la gana». ³²

Con la formación de comisiones de fábrica para comenzar a trabajar por la mejora de las condiciones laborales de los trabajadores o en defensa de los intereses obreros dentro de la fábrica y, sobre todo, para preparar la negociación de los convenios colectivos, se dio un primer paso en esta *primaria* organización del movimiento obrero. Las comisiones comenzaron a dinamizar la actividad obrera dentro de las fábricas e incluso podría decirse que el movimiento obrero pamplonés sí logró llevar a cabo acciones organizadas en estos momentos de gestación, aunque estas casi nunca sobrepasaran el marco de la propia fábrica y no llegaran a adquirir la dimensión de conflictos colectivos de gran repercusión. De este modo, desde inicios de la década de los sesenta vamos a ver cómo el movimiento obrero comienza ya a articularse en Pamplona en torno a estas pequeñas comisiones de fábrica formadas por militantes, que no organizaciones, y cómo comienza a adoptar diversas estrategias para la consecución de sus objetivos, como por ejemplo, la de aprovechar las estructuras del Sindicato Vertical para canalizar las reivindicaciones estrictamente laborales que afectaban a los trabajadores en sus lugares de trabajo y convertirlas así en verdaderas plataformas representativas de los obreros.

Los primeros militantes cristianos e independientes de las comisiones de fábrica de Pamplona salieron elegidos enlaces y jurados en las elecciones de 1963 y consiguieron las presidencias de las secciones sociales de Cárnicas, Químicas, Metal y Banca. ³³ Cuatro años después, tras el éxito cosechado a nivel estatal por las candidatura impulsadas

por militantes de organizaciones obreras cristianas y por militantes independientes y comunistas en las elecciones sindicales de 1966, el primigenio movimiento obrero pamplonés conseguía su mayor éxito hasta ese momento: en 1967 era elegido presidente del Consejo General de Trabajadores Tomás Caballero, un militante sindical vinculado a la HOAC. Caballero se impuso por amplia mayoría a la candidatura oficial, lo que nos indica que aquellos primeros trabajadores organizados no solo habían tenido fuerza para presentar una candidatura de *oposición*, sino que además la habían tenido para hacerla ganar, con lo que podemos hacernos una idea de la dinámica y continuidad que estos primeros militantes habían conseguido dar a la actividad obrera en las fábricas de Pamplona. Con Tomás Caballero entraron en el Consejo de Trabajadores, logrando así ocupar puestos de responsabilidad en las estructuras del aparato sindical vertical, militantes de USO y CCOO (que para entonces ya había comenzado a organizarse), entre los que había trabajadores carlistas, hoacistas y una gran mayoría de independientes. Según el propio Tomás Caballero:

«en este consejo estábamos todos: desde los mas próximos a diversas organizaciones –entonces todavía escasas– hasta los que independientemente de todo grupo, llevábamos al consejo junto a nuestra preocupación social una gran ansia de justicia y libertad [...] [éramos] Jóvenes desconocidos, de gran combatividad, no adscritos a ninguna disciplina, pero de fuerte tendencia socialista».³⁴

Tras este éxito se encontraban las experiencias de los conflictos vividos en los años cincuenta, las tácticas ensayadas que cristalizaron durante los primeros años sesenta a través del encuentro y articulación en las fábricas de militantes, las primeras experiencias reivindicativas y de negociación en defensa de los intereses de los trabajadores y, sobre todo, el circuito de personas y espacios organizativos que habían ido gestándose al calor de todas aquellas vivencias.

Los primeros militantes de las futuras Comisiones Obreras de Navarra van a salir, precisamente, de este circuito del que hablamos y van a aportar a las Comisiones el bagaje acumulativo de experiencias que este les había dado. Esto nos hace contemplar, nuevamente, el panorama del movimiento obrero pamplonés anterior al nacimiento oficial de las CCOO en 1968³⁵ como el de un periodo de gestación, en el que ya actuaban militantes sindicales formados, ya había núcleos organizados en las fábricas y estos núcleos ya habían conseguido sus primeros éxitos movilizándolo a los trabajadores para negociar los convenios o para participar en las elecciones sindicales. Por ello, el mayor logro de aquel primigenio movimiento obrero en periodo de formación iba a ser, durante la década de los sesenta, el conseguir pequeños espacios de libertad y pequeñas cotas de poder dentro de sus fábricas, de lo que fueron ejemplos significativos los sucesivos triunfos en las elecciones sindicales de varios de sus militantes o el hecho de que en bastantes fábricas se negociaran con los representantes sindicales unas subidas salariales por encima de lo permitido por el gobierno.³⁶

Las CCOO significaron toda una novedad en los modelos organizativos del movimiento obrero. Iniciaron una dinámica de lucha obrera, clandestina y organizada

en torno a un modelo sindical unitario y bastante descentralizado que partía de la base, de la organización de los trabajadores en sus propios centros de trabajo a través de la práctica asamblearia.³⁷ Las Coordinadoras de Comisiones Obreras dieron un paso más en la organización y pasaron a encauzar y aunar toda lucha o movilización de los trabajadores en aquellos lugares del estado en los que existía actividad obrera, si bien el modelo Comisiones, en sus Coordinadoras, iba a presentar importantes variaciones regionales e incluso locales en cuanto a su composición y a sus estrategias. El de CCOO de Navarra resulta un caso interesante en este sentido.

Aquí, el nacimiento y desarrollo de las CCOO tiene, prácticamente, todo que ver con la evolución que experimentaron ciertos sectores cristianos, aquellos que fueron acercándose hacia posturas más izquierdistas y terminaron incorporándose al movimiento sindical clandestino. Este fue el caso, por ejemplo, de muchos militantes de la VOJ, que se constituyeron primero en la sindical AST, para terminar formando una organización política, ORT. Este predominio de sectores cristianos y corrientes que derivaron de su evolución, dio a las CCOO navarras una interesante pluralidad de fuerzas de izquierda que no impidió, sino que de alguna manera permitió, una práctica sindical bastante unitaria, a pesar de las divergencias que podía haber entre las diferentes corrientes en su seno.³⁸

Es precisamente en esto en lo que el caso navarro presenta una peculiaridad: en el origen de los sectores más activos de la lucha obrera antifranquista. El PCE, si bien participó en su gestación, nunca llegó a tener en las CCOO de Navarra el predominio que sí tenía en las Coordinadoras de otros lugares como Bizkaia, Cataluña o Madrid, lo que suponía que la hegemonía en las Comisiones navarras correspondía a otras fuerzas obreras, en este caso, a las fuerzas que se situaban a la izquierda del Partido Comunista y que, precisamente, tenían su origen en la evolución de sectores de militantes cristianos que acabamos de mencionar: ORT, MCE, el Partido del Trabajo (PTE) o la Liga Comunista Revolucionaria (LCR- ETA VI).

¿Por qué ocurrió de esta manera? Esta pregunta tampoco tiene una respuesta simple o fácil. Como hemos dicho, la propia clase obrera pamplonesa estaba en proceso de formación, no tenía referentes culturales e ideológicos obreros previos y no actuaba en función a ellos. También hemos visto que partiendo de este vacío, los grupos y militantes desde los que se articuló el movimiento obrero pamplonés (y con él las CCOO navarras), iban a vivir inmersos en una cultura política que estaba prácticamente en construcción, que aparecía muy vinculada a la cultura obrera cristiana, pero que durante ese proceso de formación iba a resultar muy permeable a ideologías nuevas que bebían y asimilaban referentes como los surgidos de mayo del 68 o de la revolución china.³⁹

De este modo, el hecho de que la gestación y organización del movimiento obrero en Pamplona durante los años sesenta se hiciera partiendo prácticamente de cero, sin relación directa con los partidos obreros socialista y comunista, iba a marcar la diferencia en el origen y la evolución de los elementos más activos de la vanguardia

obrero. El partido socialista no existió de forma organizada en Navarra durante el franquismo y el Partido Comunista, que si tuvo militantes importantes y participó en la formación de las CCOO, fue sobrepasado rápidamente por los grupos que iban surgiendo a su izquierda.⁴⁰ Fue así porque al no contar con una importante presencia organizativa y no lograr arraigar en suelo navarro antes de la guerra, el PCE iba a tener muy difícil penetrar y formar parte del primigenio circuito del movimiento obrero pamplonés. Durante prácticamente toda la década de los sesenta, el Partido Comunista no pasó de ser una célula organizada, con pocos militantes y de actividad y desarrollo irregular; lo que hizo que la organización siempre fuera muy sensible a las caídas y detenciones de los pocos líderes con los que contaba⁴¹ y no pudiera empezar a desarrollarse como movimiento de masas hasta principios de los años setenta y gracias, sobre todo, a la influencia de un grupo de estudiantes venidos de Zaragoza.⁴²

Nos encontramos pues, ante un movimiento obrero rejuvenecido que está liderado por elementos nuevos, no directamente conectados con las fuerzas obreras republicanas y sí vinculados a las militancias de los grupos especializados de los movimientos apostólicos seculares. No en vano, hasta la irrupción de las CCOO en el movimiento obrero, estos movimientos apostólicos habían tenido casi la exclusiva de la actividad obrera organizada en Pamplona y sus militantes habían sido los más activos en la configuración inicial de un nuevo esquema de protesta obrera y de lucha clandestina. Esto hace que la cuestión de la evolución hacia posiciones políticas de la *izquierda revolucionaria* de aquellos militantes que iniciaron su socialización política en estas organizaciones cristianas resulte crucial para entender las peculiaridades de la formación de las CCOO navarras.

Esta evolución afectó tanto a las nuevas generaciones de obreros y militantes que accedían al mercado laboral en los años finales de la década de los sesenta y que se incorporaban en ese tiempo a los espacios sociales y políticos que habían ido madurando en los años anteriores, como a los militantes curtidos en las experiencias de esos años anteriores, los que ya formaban parte del circuito a través de las organizaciones obreras cristianas o a través de las comisiones de fábrica, aquellos a los que el compromiso adquirido les pedía dar un paso más. En este sentido, la renovación generacional que se da en estas organizaciones obreras cristianas pasará por romper con el sindicalismo católico anterior a la guerra civil, lo que significará que «este nuevo obrerismo confesional se verá abocado a un proceso de elaboración de su propia identidad».⁴³

Fruto de este proceso de la elaboración de la propia identidad nacieron en Pamplona USO en 1967, a partir de un grupo de militantes de HOAC y JOC que canalizaron el sentido obrerista adquirido en estas organizaciones para realizar su compromiso temporal desde el sindicalismo; y AST en 1962, que, como hemos visto, tuvo su origen en la VOJ impulsada por los jesuitas y que, dado que los militantes tenían más libertad de acción al no estar directamente limitados por la jerarquía,⁴⁴ tuvieron la oportunidad de evolucionar libremente hacia posturas más propias de la

izquierda revolucionaria (ORT, en este caso). De estos espacios sindicales procederán, en los años inmediatamente posteriores, la mayoría de los militantes de CCOO y de los partidos políticos obreros.

Para los militantes de las organizaciones obreras cristianas su evolución hacia posturas de izquierda, de la izquierda revolucionaria en muchos casos, tuvo principalmente que ver con el compromiso y la conciencia adquiridos a través de la formación que habían recibido en las organizaciones apostólicas a través del antes mencionado método del *Ver, Juzgar y Actuar*, que impulsaba al conocimiento de la realidad, a la reflexión crítica y al compromiso con la transformación social:

«Entonces de ahí viene una formación que poco a poco se va apoderando [de ti] de tal forma el espíritu ese de lucha y de concienciación, que todo lo que haces te parece poco».

«[...] entonces analizábamos el evangelio, y el cristianismo y la religión desde el... desde el punto de vista de decir “Oye, es un compromiso social de mejorar, de que no tiene que haber ricos y pobres...” y esas cosas. Y ahí empiezas a coger un poco de conciencia. Y luego vas a la fábrica; y con esa conciencia que tú ya tienes de justicia, de igualdad... y aquello, empiezas a ver un poco lo que es y empiezas a hablar con algunos compañeros que tienen alguna vía de la HOAC, otros de la JOC... que eran todos movimientos cristianos, pero comprometidos; empezamos a confluír ahí y a comprometernos más, y a plantear: pues lo de la comida, y luego lo del horario, y luego lo de la limpieza... y bueno, va cogiendo aquello auge. Y así, sin darte mucha cuenta, te vas comprometiendo cada vez más».⁴⁵

Las tensiones internas motivadas por las diferentes percepciones en torno a la autonomía que los movimientos apostólicos seculares debían tener con respecto a la jerarquía eclesial marcaron un punto de inflexión en el desarrollo de las organizaciones obreras cristianas y en la trayectoria militante de muchos de sus integrantes. En 1968, tras la crisis abierta entre la jerarquía y la dirección de los movimientos apostólicos, muchos de los militantes de estas organizaciones se dispersaron y optaron por ingresar en las diversas organizaciones sindicales y en las pequeñas organizaciones políticas que comenzaban a tener presencia en Navarra, como manera de dar continuidad a su *compromiso temporal*.⁴⁶ De este modo, al tiempo en el que en estas nuevas organizaciones políticas y sindicales se daba la evolución política hacia la izquierda de muchos de estos militantes, gracias a la aportación de estos militantes cristianos se fortalecían esas organizaciones políticas y sindicales de nuevo cuño: desde USO, AST y CCOO, hasta ORT, MCE, LCR-ETA VI y PTE.

En la consolidación de CCOO como vanguardia del movimiento obrero en Pamplona, ayudó mucho el hecho de que a finales de los sesenta y principios de los setenta, ya existiera entre los trabajadores pamploneses una práctica sindical bastante unitaria, gracias a que en ella participaban diversas corrientes sin que ninguna fuera del todo hegemónica.⁴⁷ El éxito radicó en que la praxis de CCOO se asentaba sobre unas bases más bien difusas que remitían a principios de solidaridad, igualitarismo y rebeldía ante la injusticia y a repuestas basadas en la acción colectiva que, de una manera u otra, formaban parte de un sustrato compartido por el movimiento obrero en su conjunto.⁴⁸ El historiador navarro José Vicente Iriarte Areso interpreta muy

bien, a mi juicio, este proceso de consolidación de las CCOO navarras al plantear que «[en Navarra] no estando presentes las tradicionales divisiones del movimiento obrero, hubo una aceptación natural del proceso de aparición y consolidación de CCOO, dentro de las que se dio un interesante pluralismo».⁴⁹

Pese a ello, la *irrupción* de CCOO en el movimiento obrero pamplonés significó un punto de inflexión para la dinámica que había dirigido la actividad obrera hasta entonces. En cierta manera fue así porque el lenguaje que manejaba CCOO se movía puramente en parámetros de clase, es decir, porque hacía un discurso enmarcado en la lucha de clases y porque la consecución de su proyecto de clase exigía adquirir un protagonismo que iba más allá de la acción inmediata en la fábrica para constituirse en el agente necesario para la transformación social. Esto hizo que CCOO actuara como uno de los elementos más activos en la oposición a la dictadura, papel en el que se vio reforzado a través de la conciencia política que mostraba el movimiento obrero pamplonés, cada vez mas claramente, en las actuaciones y movilizaciones impulsadas por las propias Comisiones.

Esto supuso un importante cambio en las pautas de la actividad sindical conjunta que habían llevado a cabo las comisiones de fábrica y los representantes sindicales elegidos como jurados y enlaces de empresa para actuar dentro de las estructuras del sindicato vertical franquista desde inicios de la década de los sesenta. Los conflictos de Imenasa (1968 y 1969) y Super Ser (1969) reforzaron el papel de las recién creadas CCOO e iniciaron un periodo marcado por el debate en torno a dónde y cómo debía elegirse a los representantes obreros en las empresas. Tanto en el conflicto de Imenasa como en el de Super Ser mediaron y negociaron comisiones elegidas directamente por los propios trabajadores en asamblea,⁵⁰ lo que cuestionó, por primera vez, la elección de los representantes de los trabajadores a través de un «sindicato fascista». Si bien no se ponía en cuestión el trabajo y la eficacia del trabajo en favor de mejorar las condiciones de los trabajadores que habían llevado a cabo desde inicios de los sesenta militantes sindicales que habían decidido *dar el salto* y ocupar cargos de jurados y enlaces de empresa (y que a su vez se habían expuesto y habían sufrido represión por actuar como verdaderos representantes), el debate se iba a abrir en torno a la prioridad que se daba al derecho de los trabajadores a elegir sus propios representantes frente a la estrategia de actuar en el vertical, que había dado importantes frutos durante los años inmediatamente anteriores.⁵¹ Por lo pronto, lo que estos dos conflictos iban a mostrar era el inicio de la divergencia de estrategias a adoptar por el movimiento obrero pamplonés para luchar por la consecución de la libertad sindical.

A partir de entonces, CCOO de Navarra optó por una política de rechazo al vertical y comenzó la dimisión de jurados y enlaces en las empresas mas importantes de Pamplona. A esta dimisión de cargos, enmarcada en la protesta contra la nueva Ley sindical, siguió el boicot a las elecciones sindicales de 1971.⁵² Aún cuando esto *tan solo* significaba una divergencia en las estrategias del movimiento obrero, también supuso, en palabras de Tomas Caballero –presidente por aquel entonces del Consejo

General de Trabajadores—, la ruptura de la unidad con la que había actuado el movimiento obrero navarro hasta entonces.⁵³ En cualquier caso, mas que una ruptura de unidad lo que conllevó esta decisión de las CCOO fue el establecimiento de varios espacios delimitados y diferenciados con los que iba a contar el movimiento obrero y la oposición antifranquista para actuar: el Consejo General de Trabajadores desde la estructura del vertical, USO desde una organización y concepción puramente sindicalista y CCOO desde la clandestinidad y encabezando reivindicaciones cada vez más sociales y más políticas. Espacios y plataformas de acción que divergían muchas veces en las estrategias y en las formas, pero que al mismo tiempo confluían en redes, militantes, iniciativas y acciones.

Mientras el Consejo General de Trabajadores actuaba como «un instrumento para la libertad, la democracia y el socialismo», llevaba «la defensa de la clase trabajadora a medios dominados hasta ahora por otras clases» y se erigía como «la vanguardia del movimiento obrero en la mentalización y en la consolidación de las conquistas», la acción en la vanguardia la llevaba CCOO.⁵⁴ Era cierto, en 1972 y, a pesar de que estaba regido por una dirección que podría calificarse como de oposición, el Consejo General de Trabajadores era todavía un gran desconocido entre la mayoría de obreros; mientras que CCOO, a la cabeza de la mayoría de las acciones llevadas a cabo durante aquellos primeros años de naciente conflictividad social, había conseguido convertirse en el referente del movimiento obrero pamplonés. Es de destacar, además, que pese a que las dimensiones de CCOO como organización siempre fueron muy limitadas, sus líderes y acciones consiguieron funcionar como activadores de la movilización y de la protesta social y así aglutinar en torno al movimiento obrero —y más concretamente en torno a CCOO— a cada a vez mas capas de la población.⁵⁵

La explosión de la conflictividad social que tuvo lugar en Pamplona durante los años finales del franquismo queda, de este modo, ligada al desarrollo de las propias CCOO y, sobre todo, a la dinámica de su creciente actividad. El ciclo conflictivo en Navarra comenzó en la década de los setenta y se sostuvo hasta bien entrado el proceso de transición. La asiduidad y el eco que alcanzaron las huelgas colocó a Navarra entre las provincias más combativas: en 1973 era la 4ª provincia más conflictiva con un 11% de la conflictividad total del conjunto del estado.⁵⁶ La carta que el Consejo de Empresarios de Navarra envió al vicepresidente Carrero Blanco en 1971 mostrando su preocupación por el grado de tensión social que se había alcanzado en la provincia fue una buena prueba de ello, de la sorpresa y preocupación que aquella creciente conflictividad estaba causando entre los más importantes sectores empresariales de Navarra.⁵⁷

Es más, no solo se trataba del aumento y de la generalización de la conflictividad social, sino —y sobre todo— de la significativa evolución que experimentaban las motivaciones de los conflictos. Los conflictos motivados principalmente por razones y reivindicaciones económicas, iban a ir dando paso a conflictos originados por el valor de la *solidaridad*,⁵⁸ solidaridad con otras fábricas en huelga, solidaridad con trabaja-

dores despedidos por su actividad sindical, solidaridad con detenidos... lo que dio lugar a largas y duras huelgas en las que se activaron redes de apoyo y solidaridad que ayudaron a sostener la lucha en multitud de ocasiones y que consiguieron implicar a importantes sectores populares, alcanzando una fuerte repercusión entre los diversos sectores ciudadanos. Al mismo tiempo, vislumbrar el final de la dictadura iba a hacer que los conflictos fueran adquiriendo un matiz cada vez más político y de oposición, no solo porque las reivindicaciones en muchos de ellos fueran ya claramente políticas (amnistía, libertades, democracia), sino también porque las medidas represivas empleadas por el gobierno contra toda forma de protesta y disidencia intensificaron los sentimientos de desafección hacia régimen.

A inicios de los años setenta la dimisión de enlaces y jurados en las empresas más importantes y el boicot a las elecciones sindicales propugnado por CCOO de Navarra, complicó la negociación de los convenios colectivos por falta de una interlocución real entre los trabajadores y las direcciones de las empresas. El que no se reconociera a las comisiones elegidas por los propios trabajadores en asamblea y la falta de negociaciones para la renovación de los convenios, inició una serie de huelgas en las que se pasaba de reclamar la negociación de las plataformas reivindicativas acordadas por los trabajadores en asamblea, a exigir el reconocimiento de las comisiones elegidas por los propios trabajadores como interlocutoras en la negociación. Estas huelgas desgastaron a trabajadores y militantes y las CCOO navarras se estancaron más de lo esperado en el intento de constituir estas representaciones obreras elegidas al margen del vertical, básicamente, porque tras un año especialmente duro en conflictos laborales (1971), la represión, los despidos y las detenciones desarticulaban a importantes sectores del movimiento obrero pamplonés. Con ello, se dio paso a un periodo de reflujo de la movilización y la conflictividad del que CCOO no se recuperó hasta 1973.⁵⁹

Tras este reflujo, el año 1973 iba a marcar un antes y un después en el desarrollo de CCOO, del movimiento obrero y de la conflictividad social en Pamplona.

1973 es un año importante en el imaginario colectivo del movimiento obrero pamplonés. Fue el año en el que ETA secuestró a Felipe Huarte en el contexto de la larga y dura huelga de Torfinasa,⁶⁰ pero sobre todo, fue el año de la huelga de Motor Ibérica, la primera gran huelga general en Pamplona originada por motivos de solidaridad. El conflicto lo iniciaron los trabajadores de Motor Ibérica para reclamar la parte proporcional de la paga de fin de campaña que les correspondía pero que la empresa se negaba a pagar; cuando la dirección intentó sacar el material de la fábrica para llevárselo a otros lugares en los que continuar con la producción, la huelga se extendió rápidamente por fábricas, asambleas de trabajadores y barrios y paralizó toda Pamplona y toda Navarra. La organización, la solidaridad, la movilización y la conflictividad fue tal, que muchísimos militantes activos en aquellos años la recuerdan como la huelga que hizo emerger al movimiento obrero en Pamplona, como así se muestra en muchos de sus testimonios:

«La primera huelga que a mí me llegó profundísimamente al interior y además yo creo que marcó, para mucho tiempo mi visión de lo que es la lucha obrera y lo que fue en aquel... lo que significaba en aquellos momentos la lucha sindical clandestina, fue la primera huelga general de Motor Ibérica [...] surgió un movimiento de solidaridad en las demás fábricas muy importante, que llevó a la conclusión final de una huelga que fue, efectivamente, general. Y estábamos estudiantes comentando aquello y aquello era bueno pues... como una explosión, ¿No? De júbilo, para nosotros de júbilo y de admiración, decíamos jo, es posible, ¿No? El que... que un grupo de gente se planten eh... y consigan en un momento determinado pues alterar las cosas de tal manera».⁶¹

Otro hito importante en la evolución de la motivación de los conflictos fue el otoño de 1974. La conflictividad latente que se percibía a causa de las renovaciones y negociaciones de los convenios en muchas empresas –durante lo que José Vicente Iriarte Areso llamó *Otoño caliente*–, culminó con la convocatoria de una jornada de lucha para el 11 de diciembre de aquel año. Aunando componentes de carácter laboral y antirrepresivo, fue planteada como una huelga política cuando CCOO invitó a participar en su preparación y realización a todas las organizaciones obreras y populares de Navarra, lo que dio a la convocatoria un claro matiz de desafío al régimen.⁶²

1975 comenzó con el encierro de un grupo de mineros de Potasas, que ante la situación de conflictividad que seguía viviéndose en la empresa tras el otoño del 74 (sanciones económicas, apertura de expedientes y despidos a causa de las asambleas, movilizaciones y paros llevados a cabo durante y después del Otoño caliente), decidieron encerrarse en uno de los pozos durante 15 días como última medida de presión. Lo dramático de la acción, la amenaza de una dura represión a la salida de la mina y el hecho de que Potasas fuera una empresa del INI, que había dado a anteriores huelgas y le daba al encierro un aspecto de desafío directo contra el gobierno,⁶³ hizo que Pamplona se paralizara nuevamente con una huelga general y se volcara en solidarizarse con los trabajadores en un impresionante movimiento de apoyo. El sufrimiento implícito en una medida tan extrema como aquella y el eco nacional e internacional que alcanzó el conflicto, hacen que el encierro de los mineros sea, junto a la huelga de Motor Ibérica otro de los lugares comunes en la memoria de muchos militantes de aquella época.⁶⁴

A partir de 1975, la organización del movimiento obrero pamplonés va a dar un paso más y va a articular a las diversas plataformas con las que contaba en aquel momento para hacer confluir espacios y estrategias: CCOO, sindicalistas independientes y sindicalistas con una dilatada y comprometida trayectoria en el vertical iban a volver a encontrarse en el último Consejo General de Trabajadores, en el cual estuvieron representadas, prácticamente, todas las organizaciones obrera presentes en Navarra. Aquel Consejo de Trabajadores fue fiel reflejo de una de las principales características del movimiento obrero pamplonés: la de buscar la unidad sindical entre una pluralidad de corrientes. Su presidente fue Javier Yaben, trabajador de Vascongada de Seguros, Consejero Foral y miembro de la gestora pro-amnistía de

Navarra, presente en la vida política y sindical de la provincia en distintos ámbitos y, tal vez por ello, una de las figuras con capacidad para aglutinar a las distintas fuerzas populares que confluían en el Consejo.⁶⁵

Aquel último Consejo General de Trabajadores resultó ser una auténtica plataforma de oposición antifranquista. Al reconocer sus propios miembros el papel de ese Consejo como el de un espacio por y para la oposición, los proyectos que trató de poner en marcha reflejaron los valores de clase que imperaban en el movimiento sindical navarro y a reclamaron, siempre, las libertades y la democracia. Entre los propósitos de aquel Consejo destacan, sobre todo, dos: el proyecto de crear un sindicato unitario, de clase, democrático e independiente, para lo que se concebía un congreso constituyente como «culminación de un proceso que, con base en la asamblea de centro de trabajo, reúna a los representantes de los trabajadores»⁶⁶ y la propuesta de establecer un Convenio General para Navarra que fijara unos mínimos salariales y unas condiciones laborales básicas para todos los trabajadores navarros. Este último fue «el gran proyecto» y tal vez, el que mejor reflejó los principios de unidad y solidaridad de clase en los que se fundamentaban el movimiento obrero y el propio Consejo de Trabajadores, ya que claramente apostaba por un modelo de equidad y se acordaba de los trabajadores más débiles, aquellos que por trabajar en pequeñas empresas y talleres no tenían la fuerza suficiente como para presionar en la negociación de sus reivindicaciones. El proceso de negociación con los empresarios y la administración fue largo y no obtuvo los resultados esperados y el proyecto que no prosperó, pero esta iniciativa había dejado tras de sí, no solo una clara concepción de la solidaridad de clase, sino también una serie de iniciativas y medidas de presión que movilizaron a gran parte de los trabajadores navarros y a importantes sectores de la ciudadanía: entre ellas destaca la primera manifestación legal celebrada en el estado durante el postfranquismo, en la que se congregaron cerca de 30.000 personas.⁶⁷

A modo de conclusión: movimiento obrero y oposición antifranquista

El Movimiento obrero fue, por lo tanto, una gran plataforma desde la que hacer oposición al franquismo. En el caso del movimiento obrero pamplonés, este se iba a caracterizar por la diversidad de espacios desde los que ejercer esa oposición de una manera real y activa. El primero de ellos fue el espacio de la legalidad, en el que a través de los cargos representativos del sindicato vertical (enlaces y jurados de empresa, presidencias de las secciones sociales de los sindicatos y Consejo General de Trabajadores) se articuló un modo de hacer oposición desde las propias estructuras del régimen y que consiguió, no solo, un notable grado de organización de los trabajadores en las fábricas para presentar candidatos a las elecciones sindicales, sino que también consiguió el apoyo necesario de los trabajadores para llevar a cabo esta estrategia con éxito. El segundo espacio fue el de las CCOO, plataforma de oposición clandestina que lideró la mayoría de los conflictos laborales, sociales y colectivos desde finales de los sesenta y durante toda la primera mitad de los setenta, un movimiento

que fue ganando nombre y prestigio –hasta convertirse en la principal referencia de la oposición antifranquista– a medida que los conflictos y las huelgas aumentaban y la represión se incrementaba sobre sus militantes.

Volvemos ahora a la pregunta que nos hacíamos al principio: ¿La efervescencia social y popular que vivió Pamplona en los últimos años de la dictadura franquista y en la transición fue realmente inesperada? Nuestro objetivo ha sido plantear el despertar de la movilización ciudadana como la culminación del largo proceso de gestación de las diversas plataformas que articularon la oposición antifranquista durante aquellos años convulsos. La conflictividad social que afloró a principios de los años setenta y la represión con la que trató de atajarse dicha conflictividad, iban a ir conformando un ambiente propicio para que se fuera dando una progresiva deslegitimación del régimen, al tiempo que la oposición antifranquista obtenía cada vez más apoyo de la población porque en cada movilización, actuaba un amplio tejido social y popular que durante los años anteriores había sido hilvanado a través de las redes que la oposición antifranquista había desplegado en fábricas y barrios para abarcar a las AAVV, los colectivos sociales (jóvenes, mujeres, estudiantes...) e incluso a los colegios profesionales. Los *nuevos movimientos sociales*, en Pamplona, nacieron a partir de estas redes.

Nos quedaría reflexionar en torno al papel que desempeñó la clase obrera ya no solo en la articulación de la oposición antifranquista, sino también en el propio final del franquismo y en la transición. No es mi intención disertar largamente acerca de una cuestión que merecería más atención y un marco más amplio que el de este artículo. Baste decir, por el momento, que la clase obrera pamplonesa vivió durante el franquismo un proceso de formación al que no fue ajena, en el que participó activamente y en el que terminó por tomar conciencia de su propia capacidad para la transformación social. Los últimos años de la dictadura y la etapa de la transición fueron percibidos como la gran oportunidad de la clase obrera para transformar la sociedad, la realidad y el mundo; por eso, luchar contra el franquismo y por la democracia significaba, para ella, luchar por abrir un escenario en el que esa transformación fuera posible:

«en nuestra juventud había utopía, había futuro, había planes, había... pensábamos que podíamos cambiar el mundo y que podíamos cambiar la sociedad... y claro, sin utopía, sin horizonte, no es posible avanzar, nadie avanza si no hay horizonte, cuando no tienes horizonte estás quieto, si tienes horizonte te mueves, y el horizonte lo tuvimos... pensar que puedes hacer algo, que puedes cambiar esta sociedad».⁶⁸

NOTAS

1. Este artículo es una versión de parte de la ponencia conjunta que la autora y Zuriñe Sainz Pascual impartieron en las jornadas «Movimientos sociales durante el tardofranquismo y la transición ¿Actores principales o secundarios?» organizadas por el Instituto Gerónimo de Uztariz del 24 al 26 de octubre de 2012 en Pamplona (UPNA-NUP). El espacio ofrecido para su publicación, no obstante, ha permitido poder desarrollar más los contenidos y la forma de la misma.
2. MAJUELO GIL, E. (2002), p. 311.
3. THOMPSON, E. P. (1989), prefacio p. 13. No es nuestro objetivo reflexionar, en este momento, sobre el largo y rico debate historiográfico y filosófico surgido, tras la publicación de «La formación de la clase obrera en Inglaterra», en torno a la concepción de la clase y a la relación entre acción y estructura planteadas por Thompson. No obstante, creo apropiado recordar estas palabras porque el planteamiento que hacemos en este artículo va a situarnos muy cerca de las propuestas de Thompson.
4. IRIARTE ARESO, J. V. (1995), pp. 56-57. Más sobre la industrialización en Navarra, ARDAIZ LOYOLA, I. (1980-1981) y TORRE, J. de la (2006), que hace un muy buen planteamiento de las bases que fueron estableciéndose durante la década de los cincuenta para acometer el proceso industrializador en Navarra.
5. Más detalles sobre el proceso de transformación de la ciudad durante estos años en OLIVA, J. e ISO, A. (2005) y PEREZ IBARROLA, N. y SAINZ PASCUAL, Z. (2012), pp. 133-159. Para conocer la génesis y el desarrollo de los distintos barrios de Pamplona, por ejemplo, ARROYO, V. y SUBIZA, B. (2011) para el caso de la Milagrosa, URDANIZ, I. y ESPARZA, G. (2008) para el caso de San Jorge o TXANTREAN AUZOLAN KULTURE ELKARTEA (2002) y PEREZ IBARROLA, N. (2012) para el caso de la Txantrea.
6. «El barrio: unidad integral de explotación» en *Teoría y práctica. La lucha de clases analizada por sus protagonistas*, nº 5, marzo de 1977, pp. 8-10. Agradezco a Andrés Herrera haberme facilitado este ejemplar.
7. MAJUELO GIL, E. (2002), p. 308. Más sobre la huelga de 1951 en Pamplona en DÍAZ MONREAL, J. L. (1997) y VILLANUEVA, A. (1999); una breve referencia sobre la huelga de 1956 en PEREZ IBARROLA, N. (2009).
8. Ver, entre otros, ERDOZAIN, P. (1999) y MENDIOLA, F. (2002a).
9. En este sentido, cabe destacar que estas consecuencias de la emigración campo-ciudad en la segunda mitad del siglo XX, difieren de las consecuencias que los procesos migratorios tuvieron en los tímidos inicios de la industrialización en Pamplona, a inicios del mismo siglo. Fernando Mendiola nos habla de que esa emigración de principios de siglo no acarreo una ruptura total con los moldes sociales y culturales del campo, sino que establecieron una continuidad campo-ciudad (continuidad espacial, cultural y social). Es decir, que a pesar de que los movimientos de población provocaran importantes cambios tanto en el mundo rural como en el urbano, en estos momentos, no llegaron a dislocar ni las relaciones entre la ciudad y su entorno, ni las relaciones entre sus habitantes y su entorno familiar, por lo que los valores culturales e ideológicos del mundo rural se mantuvieron fuertemente enraizados en Pamplona. Ver MENDIOLA, F. (2002a), p. 348. Futuras investigaciones deberían plantear por qué la emigración campo-ciudad de la segunda mitad del siglo XX sí que significó, en gran parte, una ruptura con los moldes rurales.
10. Entrevista realizada a R. U., trabajador de Authi y miembro de CCOO de Navarra, en Pamplona (06-03-2013).
11. Entrevista realizada a P. S., trabajador de Potasas y miembro de la comisión de fábrica primero y del comité de empresa después, que entró en la misma tras haber comenzado su formación en la Escuela Profesional de Potasas, en Pamplona (13-02-2013).
12. VEGA GARCIA, R. (2008), p. 183. La siguiente cita puede ser Ilustrativa de qué significaba para esta generación de jóvenes haber nacido y crecido en el franquismo: «Lo que más nos sorprendía a nosotros, al menos [a] la gente más joven, era la falta de libertades, el no poder hacer, ver y enterarte de que libros, cine... todo estaba controlado, todo estaba vigilado; eh, había hasta cierta psicosis, [entre] las cuadrillas de Pamplona cuando hablaban o trataban estos temas, de hablarlos muy... casi como medio clandestinamente, sin que nadie se enterase... tenías una psicosis que cualquiera que te miraba... o que era accidental el tema, desconfiar de aquella persona, es decir, porque podía ser algún chivato o alguno relacionado con lo que era la estructura del régimen. Eso era, vamos, devastador ¿eh? la presencia de eso», entrevista realizada a P. S. en Pamplona (13-02-2013).

13. La transformación de la base social del carlismo sigue siendo hoy, en gran parte, desconocida. Si bien contamos con importantes trabajos sobre el carlismo durante el franquismo, como lo son el de Aurora Villanueva, VILLANUEVA, A. (1998) y el de Patxi Caspistegui, CASPISTEGUI, F. J. (1997), no dejan de centrarse, sobre todo, en las elites políticas y en el desarrollo de la organización política carlista. La evolución del carlismo de base es una cuestión que escapa al objetivo y al marco de este artículo; de momento, nos basta con apuntar que en las trayectorias familiares de muchos de los militantes obreros entrevistados, la vinculación con el carlismo es una constatación destacable.
14. Ver UGARTE, J. (1998) para una detallada descripción sobre el peso social y político del carlismo en el campo navarro y LARRAZA MICHELTORENA, M. M. (1997) para observar las claves de su peso político y electoral en Pamplona durante la Restauración.
15. Un buen ejemplo de cómo la religión funcionaba como elemento identitario en DRONDA, J. (2013).
16. Ver, por ejemplo, MAJUELO GIL, E. y PASCUAL BONIS, A. (1991) y MAJUELO GIL, E. (2002), pp. 293-298
17. MAJUELO GIL, E. (2002), p. 302. Más sobre la vinculación del socialismo y los movimientos comunistas en MAJUELO GIL, E. (1989) y GASTÓN AGUAS, J. M. (2010); sobre la implantación y desarrollo de las organizaciones obreras: por ejemplo GARCÍA-SANZ, A. (1999) para el socialismo y MAJUELO GIL, E. (1984) para el anarquismo; y sobre la conflictividad en Navarra a principios del siglo XX GARCÍA-SANZ, A. (1984).
18. MAJUELO GIL, E. (2002), pp. 305-306.
19. Esta expresión la utilizó I. B., trabajador de Imenasa y miembro activo de la comisión de fábrica primero y de CCCOO de Navarra después, en la entrevista realizada en Olaz (02-08-2011).
20. Es una interpretación compartida por muchos autores, destacan por la claridad con la que exponen esta idea BABIANO MORA, J. (1995) y DOMÈNECH SAMPERE, X. (2012), pp. 45-46.
21. Un buen ejemplo de lo «reconocibles» que eran los símbolos, hitos, memoria y recuerdos de la cultura comunista en DOMÈNECH SAMPERE, X. (2008b).
22. Una de las razones por la que el PCE no logró erigirse en espacio de referencia para la oposición antifranquista fue que no contó, hasta iniciada la década de los setenta, con una presencia organizativa fuerte e importante. A pesar de constatar una presencia de militantes activos (aunque aislados) y una actividad más o menos continuadas (participó activamente en la gestación de las CCOO de Navarra y tuvo militantes destacados tanto en la clandestinidad como en las estructuras del Sindicato Vertical), a finales de los años sesenta, el PCE en Navarra todavía era «un diminuto archipiélago de militantes desperdigados», HERRERA FELIGRERAS, A. (2004), p. 10.
23. Entrevistas realizadas a P. S. (13-02-2013), A. L., licenciado en la primera promoción de Ingeniería Técnica de El Sario, profesor en Virgen del camino, uno de los promotores de las CCOO de la enseñanza en Navarra y destacado militante vecinal en la AAVV de San Jorge (16-10-2012) y J. S. M., trabajador de Potasas y Coordinador General de las CCOO navarras desde inicios de los setenta y durante el periodo de clandestinidad de las mismas (10-01-2013) en Pamplona, respectivamente.
24. DOMÈNECH SAMPERE, X. (2012), p. 46
25. Entrevista realizada a E. A., trabajador de Torfinasa, militante HOAC y miembro activo de la comisión de fábrica en su empresa, en Pamplona (11-03-2010)
26. DOMÈNECH SAMPERE, X. (2012), p. 48
27. SANTAMARÍA BLASCO, E. (1992). Más sobre la actividad de estas organizaciones en Navarra en la tesina de licenciatura inédita de la misma autora «Iglesia y movimiento obrero navarro en los años sesenta», a la que agradezco haberme permitido consultar su trabajo y en PEREZ IBARROLA, N. (2009).
28. El método del *Ver, Juzgar y Actuar* fue clave en la formación adquirida por muchos de los militantes de las organizaciones obreras cristianas. La observación directa de la realidad a través del *Ver*, la interpretación de lo observado mediante una lectura en clave social del evangelio a través del *Juzgar* y la necesidad y determinación de cambiar lo juzgado a través del *Actuar* resultó esencial para formar a muchos militantes en una manera de entender y llevar a cabo una militancia activa y comprometida. A parte de los muchos testimonios de militantes –sobre todo de HOAC y JOC– que destacan el papel que esta metodología desempeñó en su proceso de formación como activistas, la extensa bibliografía sobre las organizaciones obreras cristianas coincide en señalar la importancia del *Ver, Juzgar y Actuar* en la formación y concienciación de muchos de los militantes cristianos, obreros y sindicales. Ver entre otros, LOPEZ GARCÍA, B. (1995), MONTERO, F. (2009) o SANTAMARÍA BLASCO, E. (1992).
29. El trabajo con la fuente oral nos está permitiendo comprobar que en la trayectoria de muchos de los

- militantes obreros de la generación que accedió al mercado de trabajo durante la década de los sesenta, efectivamente, su primer contacto con ideas sociales y políticas lo tuvieron a través organizaciones juveniles de la iglesia, a través de comunidades cristianas de base o, directamente, a través de los movimiento apostólicos seglares.
30. IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 63 y MAJUELO GIL, E. (2002), p. 311. Para ver más ampliamente la repercusión que la Ley de Convenios Colectivos tuvo, a partir de su promulgación en 1958, en la reactivación de la organización obrera y la conflictividad en el resto del estado, ver, entre otros, MOLINERO, C. e YSÁS, P. (1998) o las contextualizaciones realizadas a la reorganización del movimiento obrero y a la conflictividad laboral en numerosos estudios regionales como, por ejemplo, en los de PÉREZ, J. A (2001), BENITO DEL POZO, C. (1993) O DOMÈNECH SAMPERE, X. (2008a).
31. VEGA GARCIA, R. (2008), pp.182-183.
32. Entrevista realizada a M. G., trabajadora de Torfinasa, miembro de la comisión de fábrica y activa militante de las CCOO navarras, en Pamplona (09-06-2011). Se pueden ver experiencias similares en otros testimonios, por ejemplo en la entrevista realizada a I. B. en Olaz (02-08-2011): «aquello me impactaba bastante. [era] la única vez en el todo el año que aparecía el director, y aparecía en plan de director, y todos casi como besándole los pies... yo pasaba vergüenza, yo decía: pero si este, si este... [será] el director pero es una persona como yo, y come como yo, y duerme como yo y... eso me chocó bastante; y luego al día siguiente, la gente: ¿me dio la mano el director...! o sea, como algo sublime, ¿no? Entonces claro, yo decía: Esto, esto hay que cambiar...» y «La primera acción que hicimos... era en una de esas cenas. Compramos un montón de bombas fétidas y por la tapia... nosotros no fuimos a cenar claro, además hicimos unos panfletos y los tiramos, y les tiramos un montón de bombas fétidas, por la tapia, ¡plas! Calculando donde estaban las mesas... y así empezamos» o en la entrevista realizada a R. U. en Pamplona (06-03-2013) «me acuerdo que nos juntamos varios macas un día, y paseamos por la calle Bergamín, todos con buzo; porque era costumbre [que] cuando dejabas de trabajar, te ibas a casa, te lavabas ¿no? no había duchas y todas esas cosas ¿no? [en el taller], te lavabas y te ponías la corbata ¿no? los currelas, se ponían la corbata, y salías a pasear; entonces nosotros, a la hora del paseo nos juntamos unos 10 chavales e íbamos con buzo por la calle... claro, se nos quedaba mirando todo el mundo porque aquello era muy raro».
33. Esta parece ser la fecha a tenor del relato de la huelga de Frenos Iruña (1965) que hace E. Santamaría Blasco en su tesina de licenciatura, en el que remarca la actuación favorable a los trabajadores de los presidentes de las secciones sociales de Químicas, Banca, Ganadería y Metal al ejercer éstos una intermediación directa con los empresarios y la jerarquía sindical y al denunciar ante ellos la ilegalidad del despido masivo emprendido por la empresa. Esta actuación, junto a diversos testimonios de militantes que salieron elegidos en aquella convocatoria, en entrevistas realizadas a J. M. M., trabajador de Mina, militante HOAC y sindicalista (04-03-2010) y E. A. (11-03-2010) en Pamplona, respectivamente, nos permiten hablar de este temprano acceso a puestos de representación sindical.
34. CABALLERO, T. (1976), pp. 79-80 y 81.
35. Aunque las CCOO de Navarra venían gestándose desde 1966 y se puede constatar la existencia de unas comisiones provisionales en 1967, no se habla de su constitución oficial hasta 1968, IRIARTE ARESO, J. V. (1995), pp. 63-64.
36. MENDIOLA, F. (2002b), p. 218.
37. *Ibidem.* p. 221.
38. Esta es una interpretación que comparto con José Vicente Iriarte Areso: «Los nuevos trabajadores navarros se encontraron, a partir de los años sesenta con un contexto en el que existía una práctica sindical bastante unitaria en la que participaban diversas corrientes. Y como se trataba de una clase obrera reciente y no estando presentes las tradicionales divisiones del movimiento obrero, hubo una aceptación natural del proceso de aparición y consolidación dentro de CCOO, dentro de las que se dio un interesante pluralismo», IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 57.
39. Testimonios como los de J. C., trabajador de Authi y destacado líder sindical tanto en su empresa como en CCOO en entrevista realizada en Pamplona (16-01-2013): «las ideas del movimiento obrero en Navarra son muy permeables a ideologías nuevas, por eso aquí hay una deriva [a] todo el *boom* que hubo de ideologías en lo que se llamó el mayo del 68, [que] influían de una manera muy importante en Navarra. [...] hay una transformación ideológica de lo que serían los movimientos cristianos hacia otro tipo de ideologías, comunistas también, pero no tanto en la línea del partido Comunista [...] Entonces los partido que trabajaban dentro de Comisiones Obreras, con los que sus líderes estaban más identificados, pues eran partidos comunistas no vinculados a la tradición del Partido Comunista

- tradicional, como eran la Liga Comunista Revolucionaria, el Movimiento Comunista de España, la Organización Revolucionaria de Trabajadores» o el de J. S. M. en entrevista realizada en Pamplona (10-01-2013): «¿y entonces, como decidimos ser maoístas? la explicación es bastante sencilla, y es que nosotros éramos una generación bastante afectada por Mayo del 68, por la ideas de renovación, en las cuales la URSS estaba ya en decadencia ante los intelectuales [...] Y entonces, el siguiente paso era todavía confiar en alguien que hacía cosas diferentes. ¿Y ese quien era? Pues Mao Tse Tung», resultan significativos a este respecto. Se hace referencia a la influencia de mayo del 68 en las organizaciones y militantes de aquella época en HERRERA FELIGRERAS, A. (2004), pp. 13-14 y, sobre todo, en la resina de licenciatura de E. Santamaría, cuando se considera dicha influencia como esencial en la evolución de muchos de los militantes de los movimientos apostólicos seculares.
40. MAJUELO GIL, E.(2002), p. 309 e IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 56 y pp. 310-311.
 41. Fue el caso de Sánchez Cortázar, una de las figuras más relevante del PCE en Navarra. Participó en la gestación de las CCOO y entró temprano en el Sindicato Vertical (llegando a ser presidente de la sección social del metal), sin embargo, al encontrarse prácticamente aislado, se apoyó, en numerosas ocasiones, en la estrecha relación que mantenía con elementos de los movimientos apostólicos seculares para dinamizar su actividad. Eje de la organización en Navarra, tras su caída el partido se dispersó.
 42. HERRERA FELIGRERAS, A. (2004), pp. 9-10 y 13 y 15.
 43. VEGA GARCIA, R. (2008), p. 194.
 44. SANTAMARÍA BLASCO, E. (1992), pp. 699-700 y 719.
 45. Entrevistas realizadas en Pamplona a E. A. (11-03-2010) y M. G. (09-06-2011), respectivamente.
 46. MAJUELO GIL, E.(2002), pp. 310-311 y SANTAMARÍA BLASCO, E. (1992), pp. 722-724.
 47. Hegemónica en el sentido en el que lo fue el PCE en otras CCOO como las de Cataluña, Bizkaia, Madrid... La ORT fue la fuerza predominante, pero compartía protagonismo con otras organizaciones de la izquierda obrera, sobre todo el MCE. Grupos como el PTE y LCR-ETA-VI también tuvieron una notable participación, por lo que si hablamos de hegemonía, hablaríamos de la que alcanzaban los grupos a la izquierda del PCE.
 48. Estas son las bases que Rubén vega identifica como referenciales en un corpus o ideario genérico que conforma el imaginario de los nuevo militantes obreros, VEGA GARCIA, R. (2008), p. 187-188.
 49. IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 57.
 50. Toda la información sobre los Conflictos de Imenasa y Super Ser en «informe de *Imenasa*» (1971) y «Documentación varia sobre el conflicto *Orbaiceta S.A.*» (1972). AGA/Sindicatos. Servicios-Secretaría General Caja 6549. La idea de *ruptura* de la unidad del movimiento navarro la plantea el que fuera presidente del Consejo de Trabajadores Tomás Caballero, CABALLERO, T. (1976), pp. 82-83; idea que se comparte en el informe sin firmar «Tensión política. Tensión social» (1970) AGA/Sindicatos. Servicios-Secretaría General Caja 6549.
 51. Sobre la las razones que impulsaron a CCOO de Navarra a propugnar la dimisión de enlaces y jurados de empresas y el boicot a las elecciones sindicales de 1971 en IRIARTE ARESO, J. V. (1995): «Se concebía al jurado, no como portavoz de los intereses de los trabajadores, sino como un grupo de ellos, que casi los sustituía, destinado a negociar con la empresa. El plazo de renovación era muy largo, cuatro años, y no podían convocar asambleas de trabajadores ni informarles directamente. Además, hubo un recorte de posibilidades de acción de los mismos al centrarse la represión sobre ellos. [...] La misma dinámica de las relaciones del Jurado hizo que éste perdiera fuerza a la hora de representar los intereses de los trabajadores [...]», p.109.
 52. El hecho de que CCCOO de Navarra con sus posicionamiento proboicot contraviniese la estrategia de las CCOO a nivel nacional, demostraría que este cambio de estrategia de las Comisiones navarras tuvo mucho que ver con la relación de fuerzas que existía el en movimiento obrero, ya que las fuerzas predominantes en el mismo no compartían, en ese momento, la concepción del papel de CCOO y su relación con el sindicato Vertical propugnada por el PCE y que era hegemónica en la Coordinadora General.
 53. CABALLERO, T. (1976), pp. 82-83.
 54. *Ibidem.* p. 83.
 55. MAJUELO GIL, E.(2002), p. 312. Esta es una de las razones por las que Rubén Vega aboga por considerar la movilización social y las muestras de disidencia más allá de las fuerzas o siglas que pudieran estar operando en el seno del movimiento obrero, ya que su capacidad para actuar y desencadenar las acciones era más bien limitada, VEGA GARCIA, R. (2008), p. 183.
 56. Pueden encontrarse abundantes datos sobre la evolución de la conflictividad en Navarra en IRIARTE

- ARESO, J. V. (1995). Este dato en concreto, en MAJUELO GIL, E.(2002) p. 311.
57. Llama la atención el tono alarmista con el que esta carta está escrita: «La situación y la extremada tensión social en Navarra, muy superior al resto de España, tiene un carácter netamente revolucionario. La mayoría de los Conflictos Colectivos que se producen no tienen un contenido ni un carácter de mera reivindicación económica. Los más importantes conflictos se han producido [...] con la exclusiva pretensión de provocar un conflicto. La dialéctica marxista está a la orden del día en las Asambleas privadas, en las organizadas públicamente en las numerosas fábricas, en las mesas de negociación y en las publicaciones clandestinas, y otras con pie de imprenta que proliferan en nuestra provincia. [...] Confiamos en que V. E. y el Gobierno tome conciencia de que la situación en Navarra es absolutamente crítica. Que el descalabro de la industria navarra conducirá inevitablemente al conflicto social y que Navarra no es más que el primer objetivo de una política de subversión que lamentablemente en Navarra al menos, está cumpliendo ambiciosos objetivos» Carta del Consejo de empresarios de Navarra al vicepresidente del gobierno Sr. Carrero Blanco AGA/ Sindicatos. Consejo Nacional de Trabajadores Caja 5749. Para tener una perspectiva empresarial sobre las organizaciones obreras y los conflictos sociolaborales de los años setenta ver IMBULIZQUETA, G. y SARRIÉS, L. (2001).
58. Una interesante interpretación de la evolución en la motivación de los conflictos y la importancia de las huelgas por solidaridad en DOMÈNECH SAMPERE, X.(2002).
59. IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 87.
60. El secuestro de Felipe Huarte iba a suponer, también, un importante punto de inflexión en el desarrollo del propio movimiento navarro y en el de las corrientes que actuaban en su seno. La aparición y actuación de las corrientes nacionalistas, el debate que el secuestro suscitó en torno al papel de ETA en la lucha obrera, y la cuestión nacional son temas esenciales a abordar con respecto al movimiento obrero y la propia oposición antifranquista en Navarra. Sin embargo, dada la complejidad del tema y el planteamiento que hemos hecho en este artículo, hemos optado, por el momento, por no profundizar en ellos.
61. Testimonio del abogado Pablo Ibáñez en el documental de Goizeder Urtasun «Ximeneiak» (2008).
62. Todo el desarrollo y valoración de esta oleada conflictiva en IRIARTE ARESO, J. V. (1995), pp. 201-211 e IRIARTE ARESO J. V. (1999). La plataforma reivindicativa unitaria que planteó CCOO para negociar conjuntamente las renovaciones de los convenios, con fecha tope incluida para que los empresarios dieran respuesta a esa plataforma, desató una oleada de huelgas que para el 10 de diciembre ya tenía a más de 10.000 trabajadores en paro y en conflicto por causas relacionadas con la negociación de los convenios.
63. Entrevistas realizadas a J. S. M. (10-01-2013) y J. L. D. M., historiador, trabajador de Potasas y colaborador de las CCOO en su empresa (11-02-2013), en Pamplona, respectivamente.
64. Así se percibe en los testimonios de, por ejemplo, F. E. y S. S., trabajadoras de Inquinasa y militantes activas en la comisión obrera de la fábrica, entrevistas realizadas a F. E. (30-01-2013) y S. S. (23-01-2013) en Pamplona; y así lo percibió J. S. M., uno de los mineros encerrados, al salir de la mina, entrevista realizada a J. S. M. (10-01-2013). Más sobre el encierro en «Relato del encierro de Potasas» comité local de Pamplona de la ORT. Archivo Fundación Pablo Iglesias/ORT. Caja 8 carpeta 16-ORT Navarra y sobre la huelga general en Pamplona a causa del encierro de los mineros en IRIARTE ARESO, J. V. (1995), pp. 223-230.
65. GARDE ETAYO, M.L. (2006), p. 229 y 231-232. Todos los datos e información sobre el Consejo, composición, presidente y proyectos se pueden encontrar más detallados en este mismo trabajo.
66. IRIARTE ARESO, J. V. (1995), p. 257. Ver también GARDE ETAYO, M.L. (2006), pp.233-234.
67. GARDE ETAYO, M.L. (2006) pp. 240-241.
68. Entrevista realizada a A. L. en Pamplona (16-10-2013).

BIBLIOGRAFÍA

- ARDAIZ LOYOLA, I. (1980-1981): *Navarra elementos para su estudio regional, 2º vol.*, Euskotikaskuntza, San Sebastián.
- ARROYO, V. eta SUBIZA, B. (2011): *Historia y recuerdos del Mochuelo*, Lamiñarra, Pamplona.
- BABIANO MORA, J. (1995): «Los católicos en el origen de las Comisiones Obreras» en *Espacio, tiempo y forma*, serie V., Hª contemporánea, t. 8, pp. 277-293.
- BADA, D., BAYONA, B. y BETES, I. (1979): *La izquierda, ¿De origen cristiano?*, Cometa, Zaragoza.
- BENITO DEL POZO, C. (1993): *La clase obrera Asturiana durante el franquismo: empleo, condiciones de vida y conflicto (1940-1975)*, siglo XXI, Madrid.
- BERZAL DE LA ROSA, E. (2007): «Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política» en *Historia del presente*, núm. 10, pp. 7-20.
- CABALLERO, T. (1976): «Momento actual del sindicalismo en Navarra» en VVAA: *Navarra hoy, ante el futuro (Primer ciclo de cultura Navarra)*, Diario de Navarra, Pamplona.
- CASPISTEGUI, F. J. (1997): *El naufragio de las ortodoxias: el carlismo (1962-1977)*, Eunsa, Pamplona.
- DE MIGUEL SÁENZ, J. (1992): «La organización revolucionaria de trabajadores en Navarra. Orígenes y desarrollo (1964-1977)» en *Príncipe de Viana*, Anejo 16, pp. 739-755.
- DÍAZ MONREAL, J. L. (1997): «La huelga general de 1951 en Pamplona» en *Estudios de Ciencias sociales*, núm. 10, pp. 101-121.
- DOMÈNECH SAMPERE, X. (2002) «El problema de la conflictividad durante el franquismo: saliendo del paradigma» en *Historia social*, núm. 42, pp. 123-144.
- (2008a): *Clase obrera, antifranquismo y cambio político: pequeños grandes cambios*, Catarata, Madrid.
- (2008b): «Comunismo y antifranquismo: un aproximación» en NICOLÁS MARÍN, M.E (coord.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy*, Actas 9. Congreso de la Asociación Historia Contemporánea.
- (2012): *Cambio político y movimiento obrero durante el franquismo. Lucha de clases, Dictadura y Democracia (1939-1977)*, Icaria Editorial, Barcelona.
- DRONDA MARTÍNEZ, J. (2013): *Con cristo o contra cristo. Movilización antirrepublicana en Navarra (1931-1936)*, Txalaparta, Tafalla.
- ERDOZAIN, P. (1999): *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra contemporánea*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- HERRERA FELIGRERAS, A. (2004): *De la célula al partido de masas. Una aproximación al desarrollo del PCE en Navarra durante el franquismo*, Fundación de Investigaciones Marxistas, actas I congreso sobre la historia del PCE, 1920-1977 celebrado en mayo de 2004.
- IMBULUZQUETA, G. y SARRIÉS, L. (2001): *Recuerdos y vivencias desde la dirección de personal. Aquellos conflictos de los años setenta...*, Editorial Aedipe Navarra, Pamplona.
- IRIARTE ARESO, J. V (1986): «Aproximación a la conflictividad social en Navarra en la crisis del régimen franquista» en *Príncipe de Viana*, Anejo 5, pp. 179-193.
- (1995): *Movimiento obrero en Navarra. Organización y conflictividad*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- (1999): «Otoño Caliente en Navarra. La huelga general del 11 de diciembre de 1974» en *Boletín Gerónimo de Uztariz*, núm. 14-15, pp. 105-121.

- GARCÍA-SANZ, A. (1984): *Navarra, conflictividad social a comienzos del siglo XX y noticia del anarcosindicalista Gregorio Suberviola Baigorri, 1896-1924*, Pamplona, Pamplona.
- (1999): *Los «obreros conscientes» navarros: Gregorio Angulo (1869-1937)*, Fundación José Gorriochi: Unión General de Trabajadores de Navarra, Pamplona.
- GARDE ETAYO, M. L. (2006): «El último Consejo de Trabajadores de Navarra y el convenio general (1975-1977): Unidad y Ruptura» en LARRAZA MICHELTORENA, M. M. (dir.): *De leal a disidente Pamplona 1936-1977*, Eunate, Pamplona, pp. 225-260.
- GASTÓN AGUAS, J. M. (2010): *¡Vivan los comunes! Movimiento comunero y sucesos corraliceros en Navarra (1896-1930)*, Txalaparta, Tafalla.
- LARRAZA MICHELTORENA, M. M. (1997): *Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político de Pamplona (1890-1923)*, Eunsa, Pamplona.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (1995): *Aproximación a la historia de la HOAC (1946-1981)*, HOAC, Madrid.
- MAJUELO GIL, E. (1984): «Algunas noticias de los anarquistas navarros en los años 1922-23» en *Príncipe de Viana*, año 45, núm. 173 pp. 497-516.
- (1989): *Luchas de clases en Navarra (1931-1936)*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- (2002): «Movimientos sociales y protesta social en Navarra durante el siglo XX» en VVAA: *En torno a la Navarra del siglo XX: veintiuna reflexiones acerca de sociedad, economía e historia*, UPNA, Pamplona, pp. 289-321.
- MAJUELO GIL, E.; PASCUAL BONIS, A. (1991): *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Setenta y cinco años de la federación de cooperativas navarras, 1910-1985*, Ministerio de Agricultura, pesca y alimentación, Madrid.
- MENDIOLA, F. (2002a): *Inmigración, familia y empleo : estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Servicio Editorial, Bilbao.
- (2002b): «Entre los viejos y los nuevos moldes: cambio social y político en Pamplona y su comarca (1951-1981)» en *Boletín Gerónimo de Uztariz*, núm. 17-18, pp. 211-250.
- MOLINERO, C. e YSÁS, P. (1998): *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Siglo XXI*, Madrid.
- MONTERO, F. (2009): *La Iglesia: De la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Encuentro, Madrid.
- OLIVA, J. e ISO, A. (2005): «Las ciudades de Pamplona-Iruñea y su metamorfosis en el siglo XX» en VVAA: *Pamplona metrópoli. 1930... modernidad y futuro*, Delegación navarra de COAVN, Pamplona, pp. 40-56.
- ORT, Comité Provincial de Navarra (1975): *Historia del movimiento obrero navarro. 25 años en lucha*, ORT, Pamplona.
- PÉREZ, J. A. (2001): *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del gran Bilbao (1958-1977). Trabajos, convenios y conflictos*, Biblioteca nueva, Madrid.
- PÉREZ IBARROLA, N. (2009): *Langile klasearen konformazioa. Iruñea 1950-1962: hurbilpen bat*, Pamplona, inédito.
- PÉREZ IBARROLA, N. y SAINZ PASCUAL, Z. (2012): «Transformación urbanística y evolución socioeconómica de una ciudad» en LARREA, A. (coord.): *Euskal Hiria: reflexión sobre la ciudad y las ciudades vascas*, ex]- liburuak, Bilbao, pp. 105-159.
- SANTAMARÍA BLASCO, E. (1992): «Movimiento apostólico en Navarra (1946-1970)» en *Príncipe de Viana*, Anejo 16, pp.699-724.

- SOTO CARMONA, A. (1998): «Huelgas en el franquismo: causas laborales, consecuencias políticas» en *Historia social*, núm. 30, pp.39-61.
- THOMPSON, E.P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona.
- TORRE, J. de la (2006) «Trabajadores, empresarios y tecnócratas en el desarrollo industrial de Navarra» en *Boletín Gerónimo de Uztariz*, núm. 22, pp. 75-103.
- TXANTREAN AUZOLAN KULTUR ELKARTEA (2002): *Txantrea. Sembrando vida en la piedra*, Txantrean Auzolan kultur elkarte, Pamplona.
- UGARTE, J. (1998): *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales de la sublevación de 1936 en Navarra y País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- URDANIZ, I. y ESPARZA, G. (2008): *La historia escondida. Historia de los movimientos sociales en San Jorge-Sanduzelai*, Umetxea-Sanduzelai, Pamplona.
- VEGA GARCÍA, R. (2008): «Entre la derrota y la renovación generacional. Conflictividad y ruptura en la protesta social» en MATEOS, A. (dir.): *La España de los cincuenta*, Eneida, Madrid, pp. 171-200.
- VILLANUEVA, A. (1998): *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, Actas, Madrid.
- VILLANUEVA, A. (1999): «La sorpresa navarra: mayo 1951» en AHN, IV congreso de Historia de Navarra.

RESUMEN

En este artículo se analiza la articulación de la oposición antifranquista en Pamplona a través de uno de sus protagonistas, el movimiento obrero. Dicho movimiento se analiza partiendo del proceso de la formación de la clase obrera pamplonesa durante el franquismo, en el cual se interrelacionan las condiciones materiales en las que esta surgió (la dictadura y el proceso de industrialización en Navarra), quiénes eran, de dónde venía y con qué referentes sociales y culturales contaban l@s trabajador@s que formaron el núcleo de la protesta obrera y los espacios propios y redes que est@s obrer@s crearon y abrieron para articular una identidad colectiva de clase, plataformas de acción y organización tales como las primeras comisiones de fábrica, la ocupación de cargos en el Sindicato Vertical franquista, el movimiento CCOO o el Consejo General de Trabajadores. Se plantea así el despertar de la movilización ciudadana a la que se hace referencia en el título como la culminación de un largo proceso de gestación de diversas plataformas en las que se estructuró la oposición antifranquista durante aquellos años convulsos.

LABURPENA

Artikulu honetan egileak Iruñeako oposizio antifrankistaren artikulazioa, honen protagonista nagusienetako baten, langile mugimenduaren, ikuspuntutik aztertzen du. Abiapuntua frankismo garaiko iruñear langile klasearen eraketa prozesua da, non klasea sortu izan zen kontestuaren baldintza materialak (diktadura eta nafar industrializazio prozesua), langile protestaren erdigunean kokatu izan ziren langileen jatorri eta erreferentzia sozial eta kulturalak, hala nola langile hauek klase identitate kolektibo bat osatzeko sortu eta ireki izan zituzten berezko esparru eta sareak (lehenbiziko lantegietako batzordeak, Sindikatu Bertikal frankistako karguen erabilpena, CCOO mugimendua edota Langile Kontseilu Orokorra bezalako ekintza eta antolakuntzarako plataformak) elkarlotzen dira. Honela, izenburuan ageri den mobilizazio herritarraren piztutzea, gatazka urte haietan oposizio antifrankistaren egituraketa ahalbidetu zuten plataforma ezberdinen ernatze prozesu gisara aurkezten da.

ABSTRACT

This article starts from analysing the working class formation process during Francoism. The dictatorship and the industrialization process were the material conditions from which the labour movement arose. In order to deal with this topic in depth, the author focuses on the following aspects: who formed the core of the labour protest, where they came from, furthermore, their social and cultural referents, their own spaces and nets which were created and opened by those people to form a collective and class identity. In addition, actions and organization platforms, such as the first Factory committees; taking up power positions in the «Vertical Trade Union», the CCOO movement or the General workers Council. The title of this article refers to the origin of the public movement as well as the culmination of a long gestation process of the different platforms from which the anti-francoist opposition was organized during those complex years.